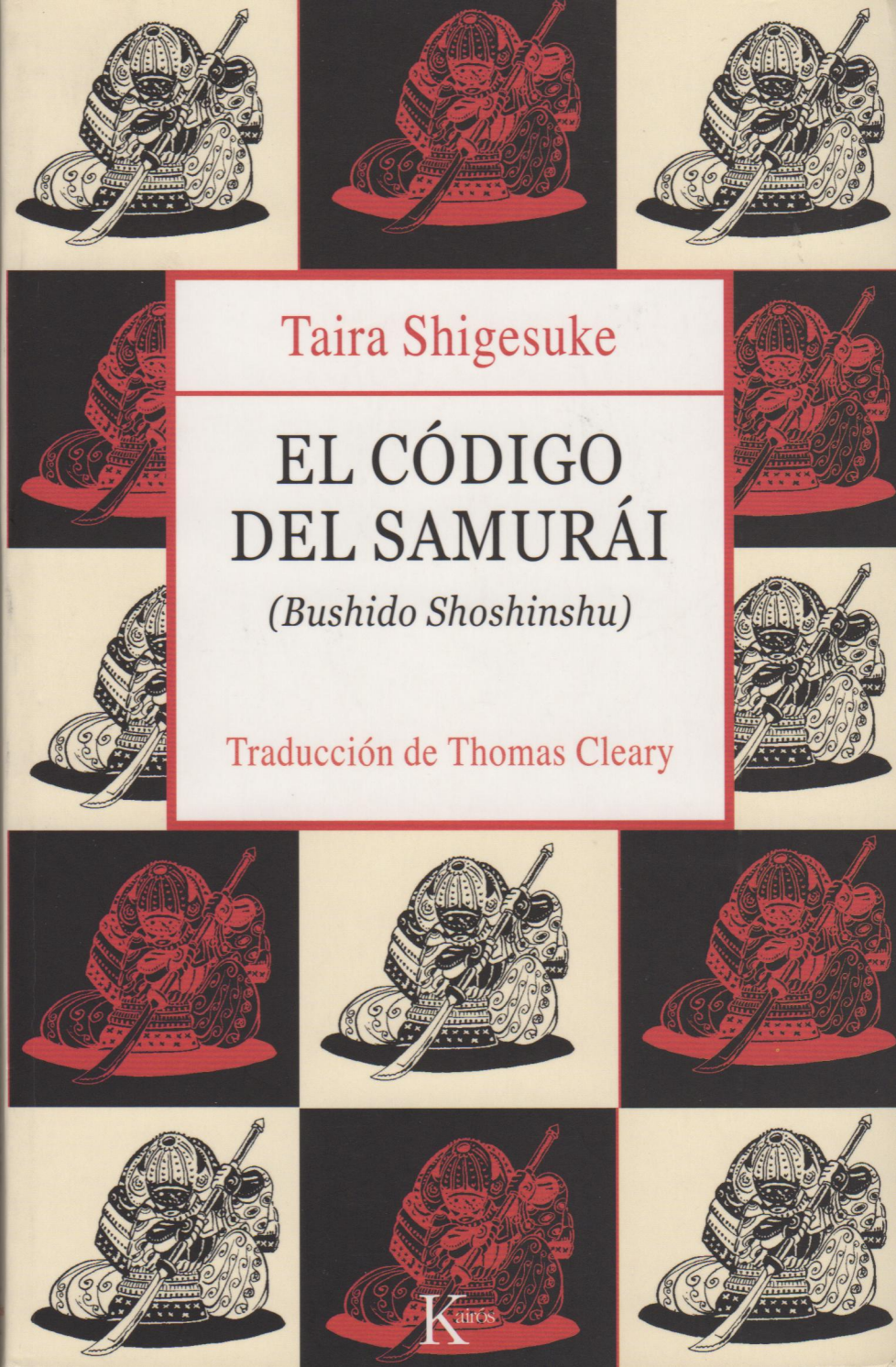


Taira Shigesuke

EL CÓDIGO DEL SAMURÁI

(Bushido Shoshinshu)

Traducción de Thomas Cleary

Kairós

El código del samurái es un tratado de cuatro siglos de antigüedad acerca de las reglas y expectativas que encarna el bushido, el japonés *camino del guerrero*, que ha tenido un papel fundamental a la hora de conformar el comportamiento del gobierno, las empresas, la sociedad y los individuos del Japón actual, así como en las artes marciales modernas, tanto en Japón como en el resto del mundo.

El texto original japonés de este libro, el *Bushido shoshinshu*, ha sido una de las principales fuentes sobre los principios del bushido, una forma de pensamiento que sigue siendo fascinante e importante para el mundo moderno, oriental y occidental. Gracias al estilo coloquial y claro de Thomas Cleary, uno de los más importantes traductores de la sabiduría oriental, y a las poderosas y evocadoras ilustraciones de Oscar Ratti, este libro resulta indispensable tanto para el empresario, como para los estudiantes de la cultura oriental y los practicantes de artes marciales.

Thomas Cleary ha traducido *La esencia del zen* (también publicado por Kairós), además de otros muchos títulos sobre filosofía marcial, budismo y taoísmo.

Oscar Ratti es autor, junto con Adele Westbrook, de *Aikido and the Dynamic Sphere*, y de *Secrets of the Samurai: The Martial Arts of Feudal Japan*. Colabora con ilustraciones y ensayos en publicaciones de importancia.

www.editorialkairos.com

Diseño cubierta: Ana Pániker

Clásicos

ISBN: 978-84-7245-585-6

9 788472 455856

OTROS LIBROS KAIRÓS:

Mitsugi Saotome
AIKIDO
O la armonía con la naturaleza
Prólogos de Carmelo H. Ríos y David Jones

He aquí el libro más claro, profundo e inspirado que se ha escrito sobre aikido y, en último término, sobre cualquier otro arte marcial. El movimiento físico que requiere el aikido es también una energía espiritual. A través de la práctica conseguiremos armonizar nuestra vida con el entorno, con nuestros semejantes y con nosotros mismos. El libro está profusamente ilustrado con dibujos, diagramas y fotografías del autor, uno de los poquísimos maestros que recibieron la enseñanza directa de Morihei Ueshiba, fundador de este avanzado arte.

John Stevens
EL LIBRO DEL AIKIDO

Mucho más que una técnica de defensa propia, el aikido es una disciplina física y espiritual. *El libro del aikido* es una introducción esencial a la filosofía y la práctica de este arte marcial o "arte de la paz", practicado ya por cientos de miles de occidentales.

John Stevens
PAZ ABUNDANTE
La vida de Morihei Ueshiba fundador del Aikido

Una de las grandes autoridades mundiales en *aikido* nos describe, con amenidad y profundidad, la biografía y enseñanza fundamental del maestro fundador del Aikido: Morihei Ueshiba. Profusamente ilustrado.

Zhuang zi
ZHUANG ZI
Traducción, introducción y notas de Iñaki Preciado

Junto al *Tao te king* y el *Lie zi*, el otro texto fundamental del taoísmo es el *Zhuang zi*. Pero, además, este clásico chino es una de las obras maestras de la literatura universal. Iñaki Preciado ha efectuado una traducción impecable, comentada con notas aclaratorias y una amena introducción a los preceptos básicos del taoísmo. Un libro imprescindible en toda biblioteca de la sabiduría perenne.

Yoka Daishi
EL CANTO DEL INMEDIATO SATORI
Traducido y comentado por Taisen Deshimaru Roshi

Yoka (siglo VIII) fue discípulo de Huineng, el sexto patriarca del Chan (Zen) en China. Escribió un breve compendio del Zen en 78 poemas, el *Shodoka*, que el maestro Taisen Deshimaru ha traducido y comentado profusamente para el lector y practicante occidental. Se trata de uno de los cuatro textos canónicos de la escuela Soto Zen, una pieza que, por su fuerza y frescura, posee una actualidad y un alcance muy superior al de otros textos tradicionales.

OTROS LIBROS KAIRÓS:

Huineng
SUTRA DEL ESTRADO
Traducción del chino, introducción y notas de Laureano Ramírez

El *Sutra del estrado* es el texto fundacional del budismo Chan, conocido en Japón como Zen. Huineng, el sexto patriarca, es reconocido por todas las escuelas del Zen. Tanta es la importancia otorgada a sus palabras que este breve texto es el único no sánscrito en haber recibido el nombre de *sutra*. Nuestra versión ha sido traducida directamente del chino por uno de los mejores especialistas en la materia. Incluye la edición original en chino del manuscrito de Dunhuang.

SUTRA DEL CORAZÓN
Comentado por el maestro Khenpo Palden

Posiblemente sea éste el texto más profundo y compacto del budismo Mahayana traducido por un cualificado maestro tibetano. Sus comentarios, claros y didácticos, desvelan toda la enseñanza de la *prajña paramita*, la perfección de la sabiduría, una de las cumbres de la mística de todos los tiempos.

Isabel Calpe Rufat
QI GONG
Práctica corporal y pensamiento chino

Destinado a preservar la salud y prolongar la vida, el Qi Gong es un arte de vivir y un camino de retorno hacia la unidad primordial. El libro hace referencia a la historia, la cultura y el pensamiento chinos, ahondando en las nociones cosmológicas y antropológicas. Desde una perspectiva intercultural, la autora explora los principios de esta práctica estableciendo paralelismos entre el pensamiento chino tradicional y diferentes ramas del saber como la embriología o la física.

Marc de Smedt
INICIACIÓN AL MASAJE ZEN

Una exposición clara y sencilla de un masaje fácil y sin peligro. Si la meditación Zen permite la descontaminación psíquica y física (a través de la concentración en la respiración y la postura erguida), el masaje Zen ayuda y complementa a equilibrar la salud mental y corporal, a través del desarrollo y armonización del *ki*, la energía vital del ser humano y el cosmos.

Maestro Tian Cheng Yang
CONOCER EL TAOÍSMO
Historia, filosofía y práctica
Chi Kung, Tai Chi, Feng Shui, meditación, masaje taoísta

Con cinco mil años de historia, el taoísmo es una de las tradiciones más antiguas del mundo. Este libro presenta un estudio muy completo acerca de la historia, la filosofía y la práctica del taoísmo, con particular atención a las técnicas de meditación, masaje, Xiu Lian, Tai Chi, la espada y el Feng Shui.

EL CÓDIGO DEL SAMURÁI

(Bushido Shoshinshu)

Taira Shigesuke

EL CÓDIGO DEL SAMURÁI

Una traducción de Thomas Cleary del Bushido Shoshinshu

Ilustraciones de Oscar Ratti

Traducción del inglés de Miguel Portillo

editorial Kairós

Numancia, 117-121
08029 Barcelona
www.editorialkairos.com

Título original: CODE OF THE SAMURAI
A Modern Translation of the Bushido Shoshinshu
of Taira Shigesuke; by Daikoji Yuzan

© 1999 Thomas Cleary
(© 1941 by the Japan Foundation)

© de la edición en castellano:
2005 by Editorial Kairós, S.A.

Primera edición: Enero 2005
Quinta edición: Febrero 2011

ISBN-10: 84-7245-585-8
ISBN-13: 978-84-7245-585-6
Depósito legal: B-5.113/2011

Fotocomposición: Beluga y Mleka, s.c.p. Córcega 267. 08008 Barcelona
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls. Verdaguer, 1. 08786 Capellades

Este libro ha sido impreso con papel certificado FSC, proviene de fuentes respetuosas con la sociedad y el medio ambiente y cuenta con los requisitos necesarios para ser considerado un "libro amigo de los bosques".

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático, ni la transmisión por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, por registro o por otros métodos, salvo de breves extractos a efectos de reseña, sin la autorización previa y por escrito del editor o el propietario del *copyright*.

SUMARIO

Introducción de Thomas Cleary 11

PARTE I:
Presentación general 23
Educación 27
Piedad filial 29
Principios de los guerreros 33
No olvidarse del combate 37
Monjes-guerreros 39
Correcto y erróneo 43
El valiente 47
Cortesía y respeto 51
Equitación 55
Principios del ejército y principios del combate 59

PARTE II:
Asuntos domésticos 63
Familiares 65
Frugalidad 69
Construir la casa 71
Equipo militar 73
Equipamiento de los subordinados 75

Guerreros 77
Modestia 79
Elegir las amistades 81
Relaciones de amistad 83
Cortar relaciones 85
Fama 87
Lenguaje altisonante y crítica 89
Viajes 91
Advertencia acerca de las murmuraciones 93
Tutoría 95
Enfrentarse a la muerte 99

PARTE III:
Servicio 105
Vasallaje 109
Servicio militar 113
Discreción 117
Expresión verbal 119
Historias familiares 121
Escoltar 123
Oficiales 125
Tomar prestada la autoridad o robarla 129
Cobro de impuestos 133
Comandantes y superintendentes de la guardia 137
Pereza 139
Lidiar con situaciones críticas 141
Autoexpresión 143
Saber morir lealmente 145
Refinamiento cultural 151

INTRODUCCIÓN

A la cultura japonesa se la suele considerar única, tanto por parte de los visitantes y observadores extranjeros, como por parte de los propios japoneses. Esta singularidad se atribuye en ocasiones a la situación geográfica de Japón, una nación insular, separada del continente asiático por aguas muy peligrosas. Se acostumbra a pensar que la política de *sakoku*, o aislamiento nacional, adoptada por los shogunes entre 1639 a 1854, contribuyó en gran medida a la insularidad cultural japonesa, a la vez que ayuda a explicar ciertas particularidades de la actitud de los japoneses hacia los pueblos foráneos.

En muchos aspectos, tanto nacionales como aquellos que se derivan de su relación con el exterior, una de las influencias más importantes y duraderas en la historia de la cultura y mentalidad japonesas, incluso en la actualidad, ha sido la extraordinariamente prolongada duración del gobierno militar en Japón. Este atrincheramiento de los samuráis como clase dominante ha dado lugar a profundos efectos culturales y psicológicos sobre el pueblo japonés. Dichos efectos fueron ocasionados por los cambios sociales radicales que el gobierno militar emprendió mediante *force majeure*, y también por el adoctrinamiento crónico

de la sociedad llevado a cabo más tarde por los gobiernos militares para legitimizar ideológicamente su control.

La clase samurái vio la luz del día como una ramificación o especialización de la aristocracia. Por lo general, una clase alta polígama produce más hijos que los que puede absorber ese mismo nivel social. Además, el derecho del primogénito significaba que todos los privilegios del padre eran heredados por un solo hijo. Estos factores crearon presiones naturales y sociales que provocaron las diferencias en las trayectorias de los vástagos de las clases altas.

En Japón, al igual que en Europa y en otros lugares, los hijos de la aristocracia que no heredaban la hacienda paterna solían convertirse en guerreros o monjes. En Japón, ambas especializaciones fueron concebidas en principio para la protección del Estado; al principio, a los guerreros se les llamó *samurái* o "asistentes", porque conformaban la guardia armada de la aristocracia. Cuando finalmente los samuráis se hicieron con las riendas del gobierno, pasando a convertirse en una clase independiente, una de las formas en que manifestaron su nueva condición y dignidad fue distanciándose de la etiqueta del samurái "asistente", para llamarse a sí mismos *bushi*, "guerreros", o "caballeros".

La supremacía de la clase guerrera en Japón vino presagiada por su solidificación y fortalecimiento, a lo largo de generaciones de guerras expansionistas contra los *ainus*, que habitaban Honshu, la isla principal de Japón, antes de que el pueblo japonés se asentase ahí. Los primeros habitantes de Kyushu, la isla más meridional del archipiélago japonés, que parece haber sido la ruta principal de entrada del pueblo chino-coreano/japonés ancestral en las islas, fueron diezmados y absorbidos tempranamente, en el transcurso del asentamiento japonés. Sin embargo, los ainus de la isla principal, un pueblo cazador de osos, resis-

tieron con gran tenacidad la expansión de los japoneses durante mucho tiempo. Los clanes guerreros japoneses que se enfrentaron a ellos y se asentaron en los lindes orientales se fueron convirtiendo en una casta severa y endurecida.

Finalmente, los ainus fueron expulsados a Hokkaido, la más norteña de las grandes islas del Japón moderno, dejando a los clanes guerreros japoneses el control del este del archipiélago. Estos clanes siguieron ejerciendo ese poder en nombre del gobierno central, al igual que los guerreros de otros lugares de Japón, que administraban y controlaban los territorios remotos propiedad de una aristocracia cada vez más urbanizada. Una vez vencidos los ainus en la isla principal y alcanzado un cierto grado de seguridad nacional, la clase guerrera y la aristocracia se fueron distanciando cada vez más en sus intereses, con la aristocracia concentrada en el desarrollo cultural y los guerreros ocupados en los asuntos militares y administrativos.

Con el tiempo, los excesos de la autocomplacencia de la aristocracia, bien documentados en las parodias de aquella época, provocaron cierto grado de debilitamiento. Al mismo tiempo, las responsabilidades de los guerreros se fueron tornando tan abrumadoras que estos pidieron una mayor participación en los beneficios obtenidos de las tierras que administraban en nombre de la aristocracia urbana. Estas circunstancias acabaron provocando la cesión de tierras a clanes guerreros, como forma directa de coparticipación. Finalmente, las tierras y el poder en manos de los clanes guerreros de las provincias hicieron posible el establecimiento de un gobierno militar nacional, que operó paralelamente al gobierno civil –que seguía administrando las propiedades imperiales y de los aristócratas–, siendo más poderoso y capaz de dominar a este último.

El primer gobierno militar de Japón, el *bakufu*, o "gobierno de tienda", fue establecido en 1186 en Kamakura, una plaza fuerte montañesa no muy lejos de lo que actualmente es Tokio, en el Este de Japón. Ese sería el primero de los tres gobiernos de tienda que regirían los destinos de Japón entre ese momento y 1868, a lo largo de un período de casi siete siglos.

La estabilidad del régimen de Kamakura se vio fatalmente alterada por las invasiones mongolas de 1274 y 1281. Aunque la resistencia samurái y las tormentas impidieron la victoria de los mongoles, el coste de las campañas debilitó al gobierno militar japonés. En un sistema feudal de ese tipo, las recompensas por los servicios militares prestados se ofrecían generalmente concediendo feudos en los territorios conquistados. No obstante, como lo que sucedió fue que se rechazó una invasión extranjera, no hubo territorios que conquistar y saquear, y por ello a los guerreros no se les pagaron sus servicios de la manera acostumbrada. La insatisfacción que se originó entre los clanes guerreros que habían defendido Japón contra los invasores mongoles acabó desestabilizando el régimen del gobierno de tienda de Kamakura, el cual acabó cayendo definitivamente en 1333.

Tras un período de luchas intestinas, apareció un nuevo régimen militar en 1336, bajo el liderazgo de Ashikaga Takauji. El nuevo gobierno de tienda quedó establecido en el distrito Muromachi de Kyoto, la antigua capital imperial, y se interesó mucho en la cultura y la política de la antigua aristocracia. Durante los cincuenta primeros años del nuevo régimen militar, la casa imperial se vio dividida en facciones rivales, y la tensión y la inestabilidad política que eso produjo se vieron exacerbadas por la defectuosa red de alianzas de los Ashikaga con los clanes guerreros. En 1467

estalló una guerra civil generalizada, tras la cual se necesitarían más de cien años para alcanzar cierta estabilidad política. A este siglo de la historia japonesa, tras la guerra civil, se le denominó la era de los Estados Combatientes, que estuvo compuesta por una serie de intentos de dominio por parte de facciones enfrentadas.

El último shogun Ashikaga fue depuesto en 1574 por Oda Nobunaga, el primero de una serie de tres señores de la guerra que acabarían unificando Japón bajo un régimen militar. A Oda le siguió Toyotomi Hideyoshi, y a éste, Tokugawa Ieyasu, que estableció el tercer gobierno de tienda en 1603. Asentado en la nueva ciudad de Edo, el moderno Tokio, no muy alejado de la antigua capital militar de Kamakura, el régimen Tokugawa cerraría Japón al mundo exterior y mantendría su propio sistema de gobierno samurái durante más de 250 años, hasta 1867.

El régimen Tokugawa adoptó una organización más estricta que los anteriores gobiernos militares, con mayores controles políticos y sociales. El siglo de guerras civiles suele ser considerado por los historiadores japoneses como una época de *gekokujo*, o "los de abajo superando a los de arriba". Muchos de los señores de la guerra que aparecieron en esa época formaban parte de una nueva casta, proveniente de los escalafones militares más bajos, incluso del campesinado. El propio Tokugawa Ieyasu era de origen humilde, y cuando se convirtió en el primer shogun del nuevo gobierno de tienda en Edo, su gobierno se encargó de instituir medidas que previniesen cualquier intento de cambio o de movilidad social.

Una de las acciones más reveladoras del régimen Tokugawa fue transformar el sistema de clases en un sistema de castas. La sociedad japonesa siempre ha sido jerárquica, pero el destino personal y familiar podía variar con las ge-

neraciones. Con el nuevo sistema, las cuatro clases principales de guerreros, agricultores, artesanos y comerciantes, se convirtieron legalmente en castas hereditarias, cuyos estilos de vida quedaron definidos mediante leyes complicadas específicas para cada casta. Por debajo de esas cuatro castas se hallaban dos clases de descastados: los polucionados y los inhumanos. Aunque los comerciantes adinerados podían asegurarse alianzas matrimoniales y acordadas con familias de guerreros, y los individuos libres podían ser descastados si cometían delitos, en general, las cuatro castas permanecieron claramente separadas.

Otra de las innovaciones principales del régimen militar Tokugawa fue el alejamiento de los samuráis de la tierra. En otros sistemas feudales anteriores, un señor de la guerra pagaba a sus vasallos mediante cesiones de tierras, de las que estos extraían una parte de sus ingresos. El sistema Tokugawa estaba diseñado para disminuir las posibilidades de que pudieran formarse grupos de guerreros independientes en las provincias, obligando a los samuráis a vivir en el interior del recinto de las ciudades fortificadas de sus señores y a recibir sus estipendios en arroz, en lugar de vivir directamente en sus terrenos, en el campo.

Esta estratagema organizativa proporcionó un mayor control de la casta guerrera por parte del gobierno militar central, y también transformó a los samuráis en una clase administrativa. A fin de compensarles psicológicamente por su transformación al mundo urbano y burocratización, se desarrollaron en gran medida las artes marciales, dando paso a sistemas de formación mental y moral muy teatrales y de gran elaboración filosófica.

Los samuráis también se convirtieron en eruditos y médicos. Los más humildes, aquellos que no trabajaban para los grandes feudos, solían ganarse la vida enseñando los

clásicos confucianos a los niños en las escuelas primarias o en clases particulares. Muchos de los hijos de las familias samuráis más pobres ingresaron en las órdenes religiosas, sobre todo en la orden Rinzai del budismo Zen. Algunos de los integrantes de la nueva casta de eruditos de la época Tokugawa incluso reinterpretaron el sintoísmo, la antigua religión autóctona, sentando las bases del imperialismo moderno japonés.

La clase guerrera samurái ejerció una gran influencia sobre el conjunto de la sociedad japonesa, no sólo a través de su papel de gobernante y legisladora, sino también a través de sus formas de mecenazgo, así como a través de las actividades culturales y educativas de sus miembros no combatientes. Formando parte de un proceso que se llevó a cabo a lo largo de muchos siglos, este elemento de la civilización japonesa adquirió un impulso y fuerza extraordinarios, tanto política como psicológicamente. Incluso hoy en día, no puede comprenderse la cultura y la mentalidad japonesa convencional sin reconocer la influencia residual de esos siglos marcados por la impronta samurái.

El último desafío al régimen Tokugawa fue una rebelión cristiana aplastada en 1636. A raíz de ello, el cristianismo fue proscrito y Japón estuvo aislado de todo contacto extranjero, excepto por un único barco comercial anual llegado desde China y otro desde Holanda. Con la guerra civil finalizada y el imperialismo occidental excluido, Japón floreció dentro de las rígidas estructuras de su sistema de vida feudal, adquiriendo un nivel de disciplina nacional que le ha permitido adaptarse al mundo moderno con más rapidez que otras naciones asiáticas.

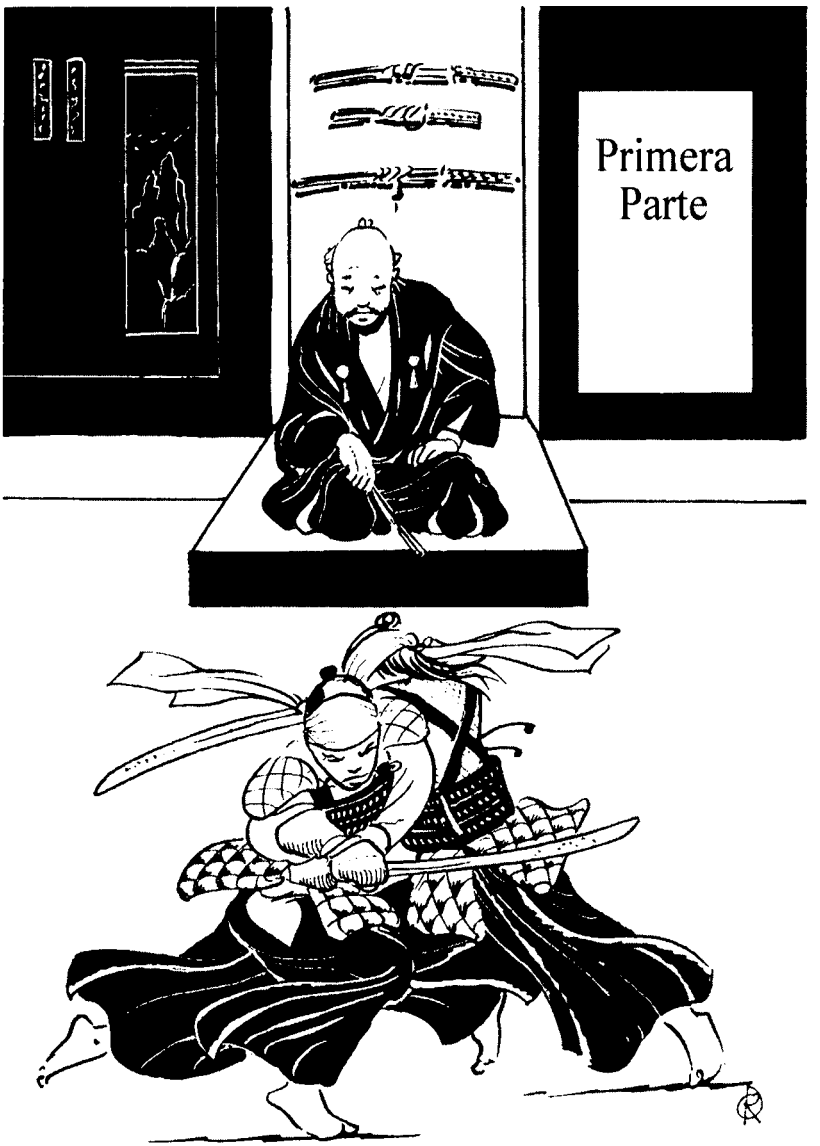
Una ironía de la *pax Tokugawa* para la clase samurái fue que, con el fin de la actividad combatiente crónica y con el disfrute de la prosperidad material, los ancianos per-

cibieron un debilitamiento del espíritu guerrero. Al haber heredado una tradición marcial en la que los propios soberanos eran guerreros, los ancianos sólo pudieron interpretar el declive de la clase guerrera como una amenaza a la moral y al orden social. Por ello, la codificación de las filosofías tradicionales prácticas se convirtió en parte de la norma cultural del período Tokugawa.

El código del samurái, cuyo título japonés, *Bushido Shoshinshu*, significa "Bushido para principiantes", fue escrito para los caballeros novicios de la nueva era. Su autor, Taira Shigesuke, un erudito confuciano y científico militar, nació en 1639, el año posterior a la adopción de la política de aislacionismo nacional, y murió en 1730, es decir, que vivió durante el período de mayor prosperidad de la *pax Tokugawa*. Este manual, escrito tras cinco siglos de gobierno militar en Japón, se compuso a fin de proporcionar instrucción práctica y moral a los guerreros, corrigiendo tendencias caprichosas e irregulares y delineando las normas de conducta personal, social y profesional del bushido, o camino del guerrero, la tradición caballeresca japonesa.

Gran parte del aislacionismo cultural que existe en el mundo en que vivimos se debe a la información errónea y a los malentendidos. *El código del samurái* presenta un espejo muy fiel de las características y hábitos de la moderna civilización japonesa, al reflejar una tradición de reconocido prestigio y poder. En este texto se tratan muchos aspectos de la vida –responsabilidades personales, relaciones familiares, deberes públicos, educación, economía, ética, y demás– desde el punto de vista del espíritu marcial de la caballeresca japonesa. En este texto de más de tres siglos de antigüedad aparecen descritas con extraña precisión incluso las formas de incompetencia profesional y política, así

como de corrupción, con las que lucha el Japón de la actualidad, demostrando hasta qué punto los modos de gobierno feudal y militar que las crearon siguen presentes en la sociedad japonesas. Así pues, este manual es un recurso fundamental para todo aquel que desee comprender a Japón y a los japoneses de manera realista.


Primera
Parte

PRESENTACIÓN GENERAL

Aquel a quien se supone guerrero debe considerar de su mayor interés pensar en la muerte en todo momento, de día y de noche, desde la mañana del día de Año Nuevo hasta la última noche del año.

Mientras pienses constantemente en la muerte, también cumplirás con tus deberes de lealtad y piedad filial. Asimismo, evitarás una miríada de desgracias y calamidades, mantendrás la forma física y la salud y vivirás una larga vida. E incluso mejorará tu carácter y aumentará tu virtud.

He aquí las razones para ello. Toda vida humana se parece al rocío del anochecer y a la escarcha del amanecer, que se consideran bastante frágiles y efímeros. Aunque eso resulta muy cierto en el caso de la vida de todas las personas, la vida del guerrero es especialmente precaria.

Si la gente se consuela pensando que vivirá mucho tiempo, acabará sucediendo alguna desgracia, porque ellos creen que cuentan con todo el tiempo del mundo para llevar a cabo sus tareas y cuidar de sus padres, y por este motivo dejan de cumplir sus deberes para con sus señores y tratan a sus padres con dureza.

Pero si comprendes que la vida que está hoy presente puede que no lo esté mañana, entonces cumplirás las órde-

nes que te dé tu señor, y cuando te ocupes de tus padres, tendrás la sensación de que pudiera ser la última ocasión, por lo que no podrás dejar de mostrarte atento tanto frente a tu señor como con tus padres. Por eso digo que mientras tengas presente la muerte también cumplirás con tus deberes de lealtad y piedad filial.

En cualquier caso, cuando te olvidas de la muerte y te distraes, pierdes la prudencia. Puede que incluso le digas algo ofensivo a alguien e inicies una discusión. También puede que digas algo que no deberías decir y provoques una pelea.

O tal vez te metas donde no te llaman, y puede que al no evitar el gentío empujes a algún zoquete, provocando un altercado inesperado. Podrías llegar a perder la vida, dar mala fama a tu señor y poner en dificultades a tus padres y hermanos.

Todos estos problemas vienen provocados por estar distraído, por no tener en mente la muerte a todas horas.

Cuando uno tiene siempre la muerte en mente, al hablar y al responder a lo que otros puedan decir, se comprende la carga y el significado de cada palabra como guerrero profesional, y se evita el meterse en discusiones inútiles. De hecho, se deja de ir a sitios de fama dudosa, aunque la gente nos invite, y por ello no hay oportunidad de meterse en líos inesperados. Por este motivo digo que al tener en mente la muerte evitarás una miríada de desgracias y calamidades.

Hay gente, de diferente condición social, de clase alta y baja, que come demasiado, bebe en exceso y satisface todos sus deseos hasta un extremo malsano, y es así porque se han olvidado de la muerte. Todo ello fuerza sus órganos internos, pudiendo llegar a morir a edad muy temprana, a enfermar, o a quedar inválidos.

Si tienes la muerte siempre en mente, aunque seas joven y sano, sabrás cómo cuidar de ti mismo. Mostrarás moderación al comer y beber, evitarás la adicción sexual y te comportarás prudentemente. El resultado de todo ello es que conservarás la salud, y por ello vivirás largamente.

Si das por sentado que tu permanencia en este mundo será larga, te asaltarán diversos deseos. Querrás aquello que otros tienen, y te apegarás a tus propias posesiones, desarrollando una mentalidad mercantilista.

Si se tiene la muerte siempre en mente, la codicia se debilita de forma natural, y por ello no se manifiesta en ti ningún grado de avaricia ni codicia. Por eso digo que mejora el carácter.

No obstante, está la cuestión de cómo mantener la idea de la muerte en mente.

Permanecer sentado todo el tiempo, esperando la llegada de la muerte las veinticuatro horas del día, como ese monje Shinkai que aparece descrito en el *Tsurezuregusa* de Yoshida no Kenkō, puede que resulte apropiado en la formación de los monjes, pero no lo es en la formación militar. Si te enfrentas a la muerte de esa manera, desatenderás tus deberes de lealtad para con tu señor y de piedad filial para con tus mayores, y tu marcialidad se resentirá. Esa actitud, aquí, no vale.

La cuestión es saber atender a los deberes públicos y privados, día y noche, y siempre que se tenga tiempo libre, en el que la mente no esté ocupada, pensar en la muerte, repasarla con atención. Se dice que entre las instrucciones que el gran héroe Kusunoki Masashige dio a su hijo Masayuki estaba la de: «acostumbrarse siempre a la muerte».

Todo esto es para que los caballeros neófitos puedan asimilarlo.

EDUCACIÓN

Los guerreros ocupan una posición superior, por encima de las otras tres castas, y se supone que deben ser administradores profesionales, y para ello deben estudiar y adquirir amplios conocimientos acerca de los principios de las cosas.

Aun así, en tiempos de guerra, normalmente los guerreros participan en su primer combate a los 15 o 16 años, cumpliendo con su deber de caballeros, y por ello practican artes marciales desde que cumplen 12 o 13 años. Por esa razón carecen de tiempo para estudiar, y suelen ser analfabetos.

Durante la era de los Estados Combatientes, hubo muchos guerreros que ni siquiera sabían buscar una palabra en el diccionario. Y no era debido a negligencia o descuido, ni a que sus padres les hubiesen proporcionado una educación deficiente, sino a que lo más importante era concentrarse en las artes militares.

En cuanto a los guerreros nacidos en la era presente, mientras haya paz –aunque eso no significa que deban descuidar sus artes militares–, cuando ya no deben entrar en combate a los 15 o 16 años, deberían aprender a leer y escribir literatura clásica a partir de los 7 u 8 años. Más ade-

lante, tras cumplir 15 o 16, se les debería enseñar arquería, equitación y el resto de artes marciales. Esas deberían ser las líneas maestras en la educación de los hijos de guerreros en tiempos de paz.

El analfabetismo de los guerreros en tiempos de guerra responde a una razón. Pero no existe ninguna, de ningún tipo, para el analfabetismo de los guerreros en tiempos de paz. Los hijos no tienen la culpa: sólo se debe a la negligencia e irresponsabilidad de los padres. En realidad es porque no saben cómo querer a los hijos.

PIEDAD FILIAL

Es fundamental que los guerreros se ocupen debidamente de sus padres. Si no se ocupan de ellos es que no son buenas personas, aunque sean excepcionalmente inteligentes, amables, y agraciados.

Me explicaré. En el "camino del guerrero" resulta esencial hacerlo todo correctamente, desde lo más pequeño a lo más importante, desde la raíz a las ramas, porque si no se entienden la raíz y las ramas, no habrá manera de comprender cuál es su deber. Quien no sabe cuál es su deber difícilmente puede considerarse un guerrero.

Entender la raíz y las ramas significa comprender que nuestros padres son la raíz de nuestros cuerpos, y que estos, a su vez, son ramas de la carne y la sangre de nuestros padres. Por nuestro deseo de labrarnos una posición, acabamos descuidando a nuestros padres, que son las raíces. Este problema se debe a la falta de comprensión de la relación que existe entre raíces y ramas.

Ahora bien, hay dos maneras de ocuparse debidamente de los padres.

Supongamos que hay padres de temperamento dulce que educan a sus hijos con ternura y afecto, proporcionándoles lo necesario, que les casan bien, y que luego se reti-

ran, dejándoles bien situados, con los recursos necesarios. Para los hijos de unos padres así, cuidar a sus progenitores no tiene nada de particular ni admirable.

Si con aquellos que, aunque ajenos a la familia, nos han tratado bien y ayudado en lo personal, o en cuestiones económicas, no tenemos reparos a la hora de devolverles los favores, ayudándoles, ¡cómo vamos a olvidarnos de nuestros padres, considerando la profundidad del amor que nos han demostrado en todas las ocasiones! Por eso es por lo que digo que la piedad filial normal no tiene nada de extraordinario.

Ahora bien, supongamos que hay padres que son renegones, malhumorados y discutidores, que insisten en llevar la casa y se niegan a ceder, que son inoportunos, desconsiderados y exigentes, y encima que se quejan a otros de que son vejados y maltratados por sus hijos, arruinando así la reputación de estos. Honrar a padres tan poco considerados, tomarse la molestia de prestarles atención, lamentar su envejecimiento y cuidarles con sinceridad, sin asomo de negligencia, es el objeto de todo hijo respetuoso.

Cuando un guerrero, imbuido de este espíritu, se pone bajo las órdenes de un señor feudal y se convierte en funcionario, comprende lo que significa la lealtad y el deber. Cuando a su señor feudal le va bien, eso no tiene mérito, pero cuando le sucede cualquier percance inesperado y atraviesa todo tipo de problemas, un guerrero sigue mostrándose leal y no abandona a su señor aunque sus cien aliados queden reducidos a diez, y ni siquiera si de esos diez sólo queda uno, mostrándose enteramente leal en el campo de batalla, sin tener en cuenta su propia seguridad.

Padres y señores, piedad filial y lealtad, sólo se diferencian en el nombre, pues no existe diferencia en la sinceridad del corazón. Por eso se dice que los antiguos procla-

maban: «Busca ministros leales en hogares con hijos llenos de piedad filial». No existe la posibilidad de que alguien que sea irrespetuoso con sus padres sea leal con su señor. Si hay alguien tan inmaduro como para olvidarse del cuidado de sus padres, que son el origen de su propio cuerpo, será imposible que se vea conmovido por la ternura de su señor, que no es de su carne y de su sangre, devolviéndola en forma de lealtad.

Si un hombre que no muestra consideración hacia sus padres en su casa entra al servicio de un señor feudal, no podrá apartar la mirada de las cuentas de su señor; y en cuanto tenga la más pequeña oportunidad cambiará su actitud; y en el momento de necesidad huirá, o se convertirá en traidor. Han existido casos así tanto en el pasado como en el presente, y es algo de lo que hay que avergonzarse y protegerse.

PRINCIPIOS DE LOS GUERREROS

En el código de los guerreros hay dos tipos de principios, con cuatro niveles.

Los dos tipos de principios son los ordinarios y los de urgencia. Los ordinarios incluyen los principios de la caballería y los del armamento. Los principios de urgencia incluyen los principios del ejército y los del combate.

Entre los principios de la caballería está el lavarse manos y pies, y bañarse por la mañana y por la noche, mantener el cuerpo limpio, afeitarse y arreglarse el pelo cada mañana, vestir la indumentaria formal, según la estación y las circunstancias, y llevar siempre el abanico a la cintura, así como la espada larga y la corta. Al tratar con huéspedes hay que hacerlo cortésmente, de acuerdo a su posición, y evitar la charla innecesaria. Nunca hay que ofrecer un aspecto descuidado, ni siquiera al compartir un cuenco de arroz ni una taza de té.

Si se ocupa un puesto en la administración hay que evitar haraganear cuando se está fuera de servicio; hay que leer, practicar caligrafía y contemplar historias antiguas o releer antiguos códigos guerreros. Tanto si estás andando,

de pie, sentado, o reclinado, deberás conducirte de manera que seas la encarnación de un auténtico guerrero.

En cuanto a los principios del armamento, lo primero que hay que aprender es esgrima, luego a usar la lanza, equitación, arquería, tiro, y cualquiera otra arte marcial. Tu deber es estudiarlas, practicarlas y dominarlas, para estar siempre en situación de utilizarlas.

Una vez que hayas cultivado estos dos niveles –los principios de la caballería y los del armamento– no carecerás de nada en cuanto a principios ordinarios. A la gente común le parecerás un buen guerrero, digno de tu empleo. Sin embargo, los guerreros son fundamentalmente hombres para actuar en situaciones de urgencia. Cuando existen conflictos sociales, dejan de lado por un momento sus modos caballerescos, adoptando la terminología militar con sus superiores, camaradas y subordinados, despojándose de sus atuendos formales y vistiendo una armadura, empuñando las armas y dirigiéndose a terreno enemigo. Hay muchas maneras de hacerlo, y en conjunto se las denomina principios del ejército. Es imperativo conocerlos bien.

A continuación están los principios del combate. Si tus estrategias y maniobras funcionan como están planeadas, cuando tus enemigos y aliados se enfrenten en combate, obtendrás la victoria; de lo contrario perderás ventaja y serás derrotado. Esas diversas maniobras y estrategias cuentan con secretos tradicionales, que se denominan principios del combate. Es imperativo conocerlos bien.

Los principios del ejército y los del combate son los dos niveles de los principios de urgencia.

A un guerrero que haya cultivado hasta la perfección los cuatro niveles de principios ordinarios y de urgencia se le considera un caballero de primera clase. Si se llegan a

dominar los dos niveles de principios ordinarios, se es competente para prestar servicio como caballero; pero si no se dominan los dos niveles de principios de urgencia, no se puede ser comandante samurái, jefe de grupo, magistrado, ni nada por el estilo.

Por ello, y una vez realizada la distinción, para convertirse en un guerrero de los pies a la cabeza es esencial practicar los principios de la caballería y del armamento, así como los secretos internos de los principios del ejército y del combate, decidido a no darse por vencido antes de llegar a ser un caballero de primera.

NO OLVIDARSE DEL COMBATE

Para los guerreros es esencial mantener el espíritu combativo en mente las veinticuatro horas del día, tanto cuando se camina, como cuando se está de pie, sentado, o reclinado, sin olvidarlo nunca.

Las costumbres japonesas son distintas a las que existen en otros países, de manera que incluso gente de clase baja, como granjeros, mercaderes y artesanos, cuenta con una espada corta, aunque esté oxidada. Se trata de una costumbre japonesa. Pero no por ello esas tres castas bajas adoptan la milicia como profesión.

En los hogares de los guerreros, la regla es que incluso los subalternos y escuderos lleven siempre una espada corta. Por ello, es imperativo que los guerreros hechos y derechos nunca estén sin sus espadas al costado, ni siquiera durante un instante. Por esta razón, los guerreros auténticos incluso se llevan una espada sin filo, o de madera, al baño.

Si permaneces así de atento incluso estando en casa, deberás estarlo mucho más al salir de ella. No sería nada raro que una vez en el camino, o al llegar a tu destino, dieses con alguien en pleno ataque de furia provocado por el alcohol, o con cualquier otro tipo de personaje, acabando la situación en un duelo inesperado. Recuerda el viejo dicho:

«Cuando sales por la puerta es como ver a un enemigo». Como eres un guerrero profesional y llevas espadas al cinto, nunca deberás olvidar el espíritu combativo.

Si no se olvida el espíritu combativo, es posible actuar de manera espontánea, de acuerdo con la realidad de mantener la muerte en mente.

Un guerrero que lleva dos espadas al cinto, pero que no alberga en su corazón el espíritu combativo, no es sino un campesino o un mercader en la piel de un guerrero.

MONJES-GUERREROS

Desde la antigüedad existe la tradición del monje-guerrero, pues es cierto que entre monjes y guerreros existen similitudes.
Por ejemplo, en las escuelas Zen los bibliotecarios y jefes de asamblea son monjes comunes, con un estatus parecido al de los soldados rasos que realizan servicios secundarios.

En el escalón monástico siguiente están los oficiales y maestros auxiliares, que corresponden a oficiales militares como los líderes de grupo o los caballeros de un señorío o los jefes de los soldados de infantería.

Ahora bien, aunque siguen siendo renunciantes, cuando los monjes visten una colorida indumentaria religiosa, portan símbolos de autoridad en las manos y dirigen grandes grupos, entonces se les llama patriarcas o maestros. Su posición corresponde a la de los guerreros que cuentan con sus propios estandartes, insignias y varas de mando; a los comandantes de caballería o de la infantería, que dirigen las tropas y los ejércitos, o a los comandantes de arqueros.

No obstante, en lo tocante al aprendizaje instructivo, la manera en que lo llevan a cabo los guerreros da la impre-

sión de ser bastante inferior a la del clero budista. Me explicaré con más detalle: el camino budista consiste en que mientras se es un monje corriente se abandona al maestro para acudir a muchos monasterios, montañas y conocer a numerosos e instruidos maestros y guías iluminados, y se acumulan logros en el estudio del Zen; y aunque se avance en el escalafón, pasando por oficial y maestro auxiliar, o uno se convierta en un venerable maestro, o incluso si se asume la abadía de un importante templo o monasterio, se sigue aprendiendo hasta el final, sin el más leve asomo de bochorno, esperando que llegue el momento de convertirse en un maestro abiertamente.

Sería deseable algo así entre los guerreros, pero incluso los guerreros vulgares y corrientes carentes de cargos, que operan en el servicio externo, reciben un estipendio hasta cuando están desocupados. Como no carecen de alimento, vestido, o alojamiento, incluso los más jóvenes cuentan con esposas e hijos. Toda su ocupación consiste en dormitar de la mañana al atardecer, sin estudiar ni trabajar las artes marciales, que son las normas de los guerreros, y mucho menos concentrarse en materias tan remotas como son los principios del ejército y del combate.

Malgastan un día tras otro, echando a perder meses y años, mientras se les encanece el cabello, o se les cae. Desde que parecen contar con la edad adecuada se les concede un estatus emérito. Si, por ejemplo, se convierten en emisarios, parten de inmediato y consiguen llevar a cabo sus deberes con la ayuda de sus compañeros. Pero cuando se trata de una misión inusual, en una distante provincia, se echan atrás, llenos de ansiedad. Y cuando se preparan para partir obtienen consejo profesional de otros predecesores, pidiendo prestados manuales tradicionales de protocolo. Si finalmente consiguen llevar a cabo su cometido, es por

pura suerte. No podemos ciertamente afirmar que esa sea la manera de hacer las cosas en esta profesión.

A fin de ahondar en la cuestión diré que los deberes oficiales de la casta guerrera suelen estar bien definidos, y por ello deberían aprenderse cuando todavía no se ocupa un puesto oficial. Siempre que se tenga la oportunidad de entrar en contacto con oficiales capaces y experimentados hay que evitar toda conversación intrascendente y profundizar en todo aquello que se crea que puede resultar de utilidad de cara al futuro. Hay que preguntar incansablemente, escuchar con atención y recordarlo todo. Es conveniente pedir prestados antiguos manuales de procedimientos y protocolo, incluso ilustraciones, a fin de copiarlos para poder disponer de referencias en el futuro. De esa manera es posible absorber cierto conocimiento acerca de las líneas maestras generales sobre los deberes de diversos puestos y ocupaciones, con el objetivo de que al asumirlos se sepa cómo actuar.

Además, aprender cómo hacer las cosas a través de los consejos de superiores y compañeros, y llevarlas a cabo mediante su ayuda, es la manera adecuada en tiempos de normalidad. Por el contrario, en situaciones de crisis, como no se puede echar mano del consejo y la ayuda de otros, no existe más alternativa que resolver toda cuestión mediante el propio juicio, para bien o para mal.

Por ejemplo: un inspector militar debe saber el número de tropas enemigas a las que se enfrenta, la calidad de sus formaciones de combate y preparativos, la seguridad de los castillos, las ventajas del terreno y las perspectivas de victoria en la batalla. Por esa razón, el puesto de inspector militar se ha considerado difícil desde siempre. Sin embargo, si uno comete errores mientras ocupa el puesto de inspector militar, estos suelen atribuirse a juicios erróneos. Respecto a los rangos de comandante de infantería, y de ahí para arri-

ba, con autoridad de mando, éstos son responsables de la vida y muerte de las tropas que dependen de ellos; por eso, la usurpación incompetente del liderazgo es el mayor ultraje que se le puede hacer a la clase guerrera.

Es como un monje zen que hubiese descuidado el estudio de las doctrinas de la religión mientras era monje común, pero que acabase siendo un venerable maestro sólo porque ha envejecido y se le ha caído el pelo, va ataviado con vistosos hábitos, y además blandiendo un símbolo de autoridad a la cabeza de un grupo.

No obstante, cuando un charlatán de esa calaña comete una tropelía frente a una audiencia seria, se convierte en el hazmerreír de toda la concurrencia; se le avergüenza, y su única salida es retirarse, sin que ello implique peligro alguno para la comunidad. Pero cuando un guerrero que desempeña funciones de mando comete un disparate al frente de su tropa, pone en peligro la vida de los soldados, provocando un gran perjuicio.

Es de suma importancia comprenderlo bien, y por ello es necesario que utilices el tiempo libre tras desempeñar tu cargo para perfeccionar el conocimiento de los principios del ejército y del combate. Estudia y practica cuando no estés desempeñando tus funciones oficiales, aunque ostentes una posición de mando.

CORRECTO Y ERRÓNEO

Mientras se tenga claro y se acepte que los guerreros deben entender qué es correcto y erróneo, y se esfuercen por hacer lo correcto y evitar lo erróneo, el camino del guerrero seguirá vivo.

El estúpido que no sabe distinguir entre lo bueno y lo malo, o entre lo correcto y lo erróneo, no merece nuestra atención. Una vez que se ha llegado a la conclusión de que algo es erróneo y malo, la actitud de un caballero no es hacer caso omiso y cometer un error. Esa es precisamente la actitud que caracteriza a los tiempos modernos. Su origen puede atribuirse a la falta de fortaleza de la gente. Y la falta de fortaleza no parece ser grave, pero uno acaba descubriendo que su procedencia es la cobardía.

Por ello, es esencial que los guerreros permanezcan siempre atentos para poder identificar lo erróneo e insistir en hacer lo correcto.

Suponte que te diriges a algún lugar con un conocido que lleva cien onzas de oro y que quiere dejarlas en tu casa hasta su regreso, en lugar de tenerlas que llevar consigo. Suponte que tomas todo ese oro y lo escondes de manera que nadie pueda hallarlo. Sigue suponiendo que tu compañero muere durante el viaje, tal vez a causa de un envene-

namiento o un ataque al corazón, y que no hay nadie más que sepa que dejó el oro en tu casa, ni que sepa que ahora lo tienes tú.

Ante esas circunstancias, si en lo único que piensas, aparte de en la desdicha de la tragedia, es en informar del paradero del oro a los familiares del muerto, enviándoselo lo más pronto posible, entonces podemos decir que has hecho ciertamente lo correcto.

Ahora bien, suponte que el hombre del oro era sólo un conocido, no un amigo. Nadie sabe de la existencia del oro aparte de ti, y por ello nadie se interesará por su paradero. Y resulta que justo ahora mismo pasas por una situación económica difícil, así que podríamos decir que has tenido cierta suerte y que por qué no dejarlo así.

Si al descubrir ese tipo de pensamiento rondando por tu cabeza, y si cambias de actitud, te avergüenzas y devuelves el oro a los herederos legítimos, podríamos decir que has hecho lo correcto motivado por un sentimiento de vergüenza.

Ahora suponte que alguien de tu casa –tal vez tu propia esposa, tus hijos, o tus sirvientes– conoce la existencia del oro. Suponte que devuelves el oro a sus legítimos herederos porque sientes vergüenza al pensar en lo que pretendía hacer con él esa persona, y por miedo a las consecuencias legales. Entonces podríamos decir que has hecho lo correcto motivado por un sentimiento de vergüenza ajena.

¿Pero qué harías si nadie supiese nada de nada?

Ni siquiera en unas circunstancias de ese tipo podría decirse que eres alguien que no sabe lo que es correcto y lo hace.

El proceso de cultivar la práctica de hacer lo correcto empieza con el temor a perder el respeto de tus seres más próximos, como tu familia y sirvientes, pasando por refre-

narse de cometer acciones erróneas ante el temor a tener que pasar por la vergüenza de ser censurado y ridiculizado por la sociedad. Si sigues este proceso, llegará a convertirse en algo natural, de manera que acabarás desarrollando una mentalidad que prefiera apegarse a lo correcto y desdeñar lo erróneo.

Además, en el contexto del valor marcial, quienes nacen valientes no se arredran frente a las flechas ni el fuego enemigo en el campo de batalla, por muy intenso que este sea; convierten sus cuerpos en dianas, apuntalados entre la lealtad y el sentido del deber. El coraje de su espíritu bravío también es físicamente patente, y por ello no es necesario decir que su comportamiento en acción es espléndido.

Asimismo están los que dudan al hallarse en peligro, a quienes se les sale el corazón del pecho y les tiemblan las rodillas, pero que, no obstante, tiran adelante, junto a los valientes, comprendiendo que sus compañeros se darán cuenta de que no se quedan atrás, decididos a no exponerse al ridículo más tarde. Aunque son bastante inferiores a los de naturaleza valiente, una vez que han pasado repetidamente por esa situación, luchando en una batalla tras otra, se llegan a acostumbrar, y su mente acaba calmándose, convirtiéndose en honrosos caballeros, fuertes y firmes, ya no muy diferentes de los de naturaleza valerosa.

Por ello, cuando se trata de hacer lo correcto y ser valiente, la única alternativa a seguir hacia adelante es sentir vergüenza. Si te decantas por lo erróneo, sin preocuparte de lo que diga la gente, o si te muestras cobarde, sin preocuparte de que otros se rían de tu falta de valor, entonces nadie podrá enseñarte nada.

EL VALIENTE

En el camino del guerrero tres son las cosas esenciales: lealtad, sentido del deber y valor. Hablamos de caballeros que trabajan con lealtad, caballeros que son fieles a su deber, y de caballeros valientes y fuertes. A los guerreros que combinan estas tres virtudes de lealtad, sentido del deber y valor en una sola persona, se les considera caballeros del orden más elevado.

Los caballeros del orden más elevado son escasos, no abundan, ni siquiera en un grupo de cien o mil guerreros. En cuanto a la distinción entre los caballeros que son trabajadores leales, y los que son fieles a su deber, esto es algo que se plasma en su conducta y que resulta fácil de distinguir.

Podríamos preguntarnos si el deber de un hombre valiente podría no estar del todo claro en una era de paz como la actual, cuando no hay guerras. Pero no es así, y explicaré por qué.

Hablando en términos generales, el coraje no es algo que únicamente se manifieste cuando se lleva puesta la armadura, se empuñan las armas y uno se lanza al combate. La diferencia entre el valiente y el cobarde puede apreciarse en la vida cotidiana.

Alguien que es de naturaleza valiente demuestra lealtad y devoción por su señor y sus padres; y si dispone de tiempo libre, estudia literatura y persevera en la práctica de las artes marciales. Evita los lujos personales y desdeña malgastar incluso un céntimo, aunque no por ello es avaro, y gasta su dinero con generosidad cuando así lo requiere la ocasión.

Evitará ir a cualquier sitio prohibido por la reglamentación de su señor, o aborrecido por sus padres, incluso si quiere hacerlo. También evitará recompensarse con todas aquellas cosas que cuestan dejar, a fin de no desagradar a su señor ni a sus padres.

Se mantendrá en forma; y como desea lograr algo importante en la vida, se ocupará de su salud, moderando su dieta y evitando beber alcohol. También se sobrepondrá a los deseos sexuales, el principal origen de la confusión humana, y hará gala de una actitud paciente y tolerante frente a todo lo demás.

Todo esto refleja la mentalidad del valiente.

En cuanto a los cobardes, sólo fingen sentir un respeto superficial por su señor y sus padres, sin llegar a ocuparse realmente de ellos. No evitan aquello prohibido por su señor o que disgusta a sus padres; e incluso frecuentan lugares en los que no deberían poner un pie. Actúan como les place, y suelen dormir por las mañanas y al atardecer. Les repele el estudio de la literatura, e incluso cuando practican artes marciales lo hacen a desgana. Y hablan de boquilla acerca de unas supuestas habilidades que son incapaces de demostrar.

Son derrochadores cuando se trata de ir de juerga o regalarse banquetes, y muy agarrados a la hora de gastar en cosas necesarias. No piensan en el mantenimiento de las reliquias heredadas de sus padres, y menos todavía en poner al día su equipo militar.

Si son enfermizos, no pueden entrar en la administración pública; ajenos a las preocupaciones que causan a sus padres, comen demasiado, beben sin moderación y son adictos al sexo.

Desperdiciar la vida de esa manera es propio de mentes débiles e inmaduras, incapaces de soportar y tolerar nada. Por lo general, ese comportamiento refleja la mentalidad de un caballero cobarde.

Por ello, afirmo que es fácil distinguir al valiente del cobarde en la vida cotidiana.

CORTESÍA Y RESPETO

Estos dos senderos de lealtad y piedad filial no son sólo obligatorios para los guerreros, sino que también incluyen a campesinos, artesanos y mercaderes.

Sin embargo, hay ocasiones en las que los jóvenes o los sirvientes se muestran descorteses en sus conversaciones, o al relacionarse con sus señores o con sus padres, pero ese hecho se pasa por alto mientras sean sinceros respecto a sus deberes para con sus señores y padres, pues esa es la obligación de lealtad y piedad filial de las tres clases más bajas. En el camino de los guerreros, y por mucho que se atesore lealtad y piedad filial verdaderas, si no se hace gala de maneras corteses para expresar el respeto que se siente por los señores y los padres, no puede decirse que uno actúe de acuerdo con dicho camino.

No obstante, ni siquiera vale la pena mencionar que, tanto al relacionarse con el propio señor como con los padres, ningún caballero que se precie de ser tal se mostrará rudo o remiso en su presencia. Cuando no seas negligente, incluso cuando no haya nadie para observarte, cuando ni tu señor ni tus padres sepan lo que haces, y tu conducta en lo más oscuro de la noche sea igual a la que pones de manifiesto a plena luz del día, entonces podrá decirse que si-

gues el camino de la lealtad y piedad filial dignas de un caballero.

Al dormir no señales con la punta de los pies en dirección a tu señor. Cuando prepares las pacas de paja para practicar arquería, no permitas que las flechas vayan a parar cerca de tu señor; y cuando coloques la lanza y la espada en su montante, que las puntas tampoco le señalen.

Además, mantente derecho cuando escuches algo o digas algo importante ante tu señor. No está bien andar por ahí tirado murmurando descuidadamente acerca de tu señor, o leer una carta de tus padres sin respeto, tirándola o rompiéndola tras leerla para luego limpiar la pipa o la lámpara con los pedazos.

Cuando alguien con ese tipo de actitudes entra en contacto con miembros de otros feudos en otros lugares, pone de manifiesto los aspectos negativos del señorío al que pertenece. O si conocen a alguien que les camela, difunden sin cuidado rumores acerca de sus padres y hermanos, ridiculizándoles y criticándoles. Por esa causa, algún día serán castigados por sus señores y padres, o serán víctimas de alguna calamidad, o morirán como guerreros abandonados a su destino; y aunque sobrevivan, serán unos inútiles, sin poder llevar una vida decente.

Durante la era Keichō (1596-1615) vivió un valiente caballero llamado Kani Saizō, que fue comandante de infantería bajo el mandato de Fukushima Masanori, Grande de la Guardia Imperial de la Izquierda. Era guardián de la Puerta de Hierro del castillo de Hiroshima, en Aki. Vigilaba día y noche, y como era muy viejo solía dar cabezadas a fin de descansar.

En una ocasión, y mientras Saizō dormía, llegó un miembro del servicio personal de Masanori, que traía una codorniz cazada por un halcón. El asistente le informó que

le había enviado el señor Masanori, cuyo halcón había capturado al ave.

Saizō se incorporó de inmediato, se recompuso la indumentaria que había aflojado mientras dormitaba, y miró en dirección a la comandancia para recibir el regalo, diciendo que iría de inmediato con el fin de expresar su gratitud. A continuación increpó al asistente: «Aunque no seas más que un muchacho, ¡eres un estúpido! Si traes un mensaje de nuestro señor, lo primero que debes hacer es anunciarlo, esperar a que yo esté listo y, luego, comunicármelo. En lugar de eso has tenido la cara dura de comunicarme un mensaje de nuestro señor mientras seguía en el suelo. Si no fueses un muchacho, te castigaría de inmediato por ello, pero viendo que no eres más que un crío te dejaré marchar».

Impresionado, el asistente se marchó corriendo y les contó a los otros pajes lo ocurrido. Masanori se enteró y mandó llamar al muchacho, al que interrogó sobre el incidente. Este le contó toda la historia. Se dice que Masanori afirmó: «Es normal que Saizō se enfureciese por tu descortesía. Me gustaría que todos los guerreros de las provincias de Aki y Bizen tuviesen el corazón de Saizō. Sólo entonces cualquier cosa sería posible».

EQUITACIÓN

Se dice que en otros tiempos los guerreros de todos los rangos consideraban la arquería y la equitación como las artes marciales supremas. En la actualidad, los guerreros se concentran en la práctica de la esgrima, la lanza, y la equitación. En cuanto al resto de las artes marciales –como arquería, tiro, desenfundar la espada con rapidez y *jujitsu*–, es competencia de los guerreros jóvenes practicarlas con asiduidad y regularidad, tanto por la mañana como por la tarde. Al envejecer no siempre es posible aprender lo que uno quiere.

Sería de desear que los guerreros de rango inferior aprendiesen a montar bien, de manera que pudieran cabalgar sobre cualquier montura, incluso en aquellas que son revoltosas, o indómitas. Me explicaré. Son pocos los caballos de bella estampa que se dejan montar; y aunque existen, son propiedad de grandes guerreros, por lo que es difícil hallarlos atados en los establos de los guerreros de bajo rango. Pero si dominas la equitación, entonces podrás discernir un buen caballo, aunque sea demasiado revoltoso, temperamental, o indómito, y adquirirlo a bajo precio; así siempre podrás disponer de un caballo mejor del que normalmente podrías permitirte.

En general, juzgar un caballo por el color del pelo es algo que hacen algunos guerreros de alto rango. Pero para los de bajo rango lo razonable es no rechazar un caballo por su color; valdrá la pena adquirirlo siempre y cuando sea una buena montura.

Hace mucho tiempo vivió un guerrero de nombre Kakuganji, que sirvió en el feudo del clan Murakami, en la provincia de Shin; era comandante de unos trescientos jinetes, muchos de ellos arqueros consumados. Solía elegir los caballos que la gente ordinaria acostumbraba a rechazar por el color. Y en lugar de que sus guerreros practicasen en el terreno de entrenamiento, les conducía a campas situadas fuera del castillo, y a veces se llevaba a cincuenta o incluso a cien jinetes. El propio Kakuganji iba a la cabeza. Y galopaban de esta manera por las llanuras, ora haciendo ver que se caían para acabar dando un volatín y regresar a la silla, ora pareciendo que iban montados para desmontar de una voltereta, maniobrando con tanta libertad que alcanzaron fama de jinetes expertos.

Por ello, en aquellos días, incluso el clan Takeda de la provincia de Kai temía enfrentarse a un oponente tan asombroso como Kakuganji, de la provincia de Shin. Y ello no hizo más que aumentar la fama y el prestigio de este último.

Por lo general, y según la tradición, un caballo de batalla debe tener una altura ligeramente superior a la media, con una cabeza de tamaño mediano, y cuartos traseros del mismo tamaño. No obstante, para un guerrero de rango inferior, que carezca de una segunda montura, lo deseable es que su único caballo tenga un cuerpo grande y sea bastante alto, con una cabeza todo lo elevada posible, y cuartos traseros muy anchos. Pero tratar de deformar al caballo de manera no natural, estirando los tendones de sus patas a fin de

dotarle de una zancada más larga, o cortarle el tendón de la cola para evitar que la levante, es una excentricidad que tiene su origen en la ignorancia del código de los guerreros.

Me explicaré. Un caballo con los tendones de sus cuatro patas estirados se cansa fácilmente al subir una cuesta, o en un viaje largo, o al vadear un río; y por ello se torna inútil. Un caballo con un tendón de la cola estirado se rozará la grupa al pasar por un barranco o atravesar un canal, y se dice que una montura con unos cuartos traseros demasiado anchos no es adecuada para cabalgar por un sendero estrecho.

Hay dos tipos de interés por los caballos, el bueno y el malo.

El interés por los caballos de los guerreros de antaño estribaba en su necesidad de maniobrabilidad aun yendo pesadamente armados. Para ellos, los caballos sustituían a sus propios pies. Y lo que es más, dependiendo de las circunstancias, sus monturas podían acabar heridas o muertas. Aunque los caballos son animales, se apiadaban de ellos y siempre se preocupaban de alimentarlos y cepillarlos con cuidado.

En cuanto al interés por los caballos imperante en la actualidad, sólo puedo decir que la gente tiene la idea de que hay que adquirir caballos intratables a precios de ganga para luego volverlos a domar, o bien atrapar potros de campo y domarlos, para luego esperar a los compradores y venderlos obteniendo un buen beneficio. Pero esa es una mentalidad de mercader; es incluso peor que no sentir ningún interés por los caballos.

PRINCIPIOS DEL EJÉRCITO Y PRINCIPIOS DEL COMBATE

Quienes se suponen guerreros, aunque sean de bajo rango, deben elegir al tutor adecuado del que recibirán instrucción en las artes de la guerra, obteniendo una comprensión detallada de los principios del ejército y del combate, incluso los secretos internos.

Los hay que dirán que resulta inapropiado, en el caso de los guerreros de rango inferior, hacer alarde de los principios del ejército, pero se trata de una opinión apresurada. Me explicaré.

A lo largo de la historia, y entre aquellos que han sido respetados como protectores de provincias y prefecturas, o que han gozado de la fama de ser buenos generales, no son pocos los de origen humilde, que han ascendido sin el apoyo del clan, hasta alcanzar logros meritorios. Ahora, y aunque se inicie una carrera desde los escalafones inferiores, no es imposible llegar a ser incluso comandante regional.

Además, si estudian ciencia militar, quienes estén dotados de inteligencia natural se tornarán todavía más inteligentes, mientras que aquellos que son de un natural más lento llegarán a un punto en el que dejarán de serlo. Por

tanto, los guerreros no deben descuidar el estudio de la ciencia militar.

No obstante, si cultivan erróneamente las artes de la guerra, se pavonearán acerca de sus conocimientos, despreciando a quienes les rodean. Al difundir teorías rimbombantes pero falsas no hacen sino confundir a los jóvenes y dañar su buena disposición. Aunque hablan utilizando palabras que están más allá de su propio alcance, queriendo con ello dar la impresión de ser correctas y ciertas, en sus corazones no albergan más que codicia, lo que les provoca tener que estar siempre pendientes de lo que ganan y pierden. Su carácter se va degenerando poco a poco, y los hay que incluso pierden totalmente su mentalidad marcial. Se trata de un error debido a un aprendizaje mediocre de la ciencia militar.

Si vas a dedicarte al estudio de la ciencia militar, no deberás hacerlo a medias. Debes practicar hasta alcanzar los secretos internos, para luego regresar a la simplicidad original y vivir en paz. Si, no obstante, te pasas los días llevando a cabo una práctica incompleta de la ciencia militar, incapaz de alcanzar los principios internos, no hallarás la manera de regresar a la simplicidad original, y, como consecuencia, te frustrarás y desmoralizarás, creando una situación deplorable.

En este contexto, regresar a la simplicidad se refiere a una condición similar a tu estado mental antes de iniciar el estudio de la ciencia militar. Por lo general, al igual que ocurre con la pasta de judías que apesta a pasta de judías, desde los tiempos de antaño se ha dicho tradicionalmente que cuando uno se encuentra con un erudito militar que apesta a ciencia militar, es imposible aguantar el tufo.

Segunda Parte

ASUNTOS DOMÉSTICOS

Si la conducta de la esposa de un guerrero le desagrada en algún sentido, deberá explicarle la razón y amonestarla de forma que ella pueda entenderlo. Si se trata de algo carente de importancia, lo más razonable es pasarlo por alto con tolerancia. Sin embargo, si la mala actitud persiste sin remedio, él debe divorciarse y devolverla a casa de sus padres, aunque este sería un caso excepcional.

De todos modos, si no sigues este consejo y en lugar de ello le gritas a tu esposa, que debe ser honrada como la señora de tu casa, denostándola mediante un lenguaje soez, estarás comportándote como un mastuerzo de baja estofa, pero de ninguna manera como corresponde a un guerrero caballeroso. Eso por no hablar de blandir tu espada frente a ella, o de golpearla con los puños, un comportamiento incalificable, característico de un guerrero cobarde.

Me explicaré. Una mujer que se ha criado en una familia de guerreros y ha alcanzado edad de casarse, nunca toleraría que le asestasen un puñetazo si fuese un hombre, pero dado su estatus inferior como mujer, no tiene más opción que soportarlo anegada en lágrimas. Maltratar a alguien que no puede defenderse es algo que a un valiente guerrero ni se le ocurre. Quien va más allá de donde está dispuesto a llegar un guerrero valiente es un cobarde.

FAMILIARES

Lo normal es que a los hijos de tus hermanos mayores y menores les llames sobrinos. Los hijos de tus hermanas casadas en otras familias también son tus sobrinos. Aunque, lo normal entre los campesinos y la gente de ciudad es no diferenciarlos, pero no entre los guerreros.

Por ejemplo, el hijo de tu hermano mayor, que es el heredero designado, puede ser tu sobrino, pero como va a suceder a tus padres y a tu hermano mayor, también será el cabeza de familia. Aunque pertenezca a una generación más joven que tú, deberás tratarle con el mismo respeto que a tus padres y hermano mayor. No le tratarás como a un sobrino, sino como si estuvieses honrando a los antepasados del clan.

Para el segundo y el tercero de los hijos de tu hermano mayor, así como para los hijos de tus hermanos menores, bastará con una relación convencional tío-sobrino. Respecto a los hijos de tus hermanas, y aunque también son tus sobrinos, ahora llevarán distintos nombres familiares, y por ello lo razonable sería mostrarte distante en tu forma normal de dirigirte a ellos y en la de escribirles cartas.

Deberás utilizar esa actitud incluso tras haber enviado a tu sobrino, a tu hermano menor, o a tu propio hijo, a otra

casa para ser adoptados. Sea cual sea el tipo de lenguaje que utilices en los encuentros o reuniones privados, al tratar con personas de otras casas y otros lugares lo más razonable es adoptar una actitud distante.

Si deseas seguir tratando a tu hijo o hermano menor como si continuasen siéndolo, incluso después de haberlo convertido en el hijo de otra casa, no podrás evitar ser criticado por los familiares y sirvientes de su padre adoptivo. Dirán que, si vas a mantener esa actitud, hubiera sido preferible que te quedases con él.

No obstante, si el padre adoptivo no tiene familiares próximos, o su casa no acaba de estar bien llevada, y un hijo adoptivo cuenta con escasas opciones de heredar, entonces, si se trata de tu hijo o de tu hermano menor, te costará pasarlo por alto. En ese caso sería razonable que te ocupases de él.

A continuación, suponte que casas a tu hija, y que su esposo muere poco después de que nazca su hijo. En este caso, tu nieto sería técnicamente el cabeza de familia; en cuestiones de sucesión, cualquier tipo de problema que haya que solventar con los familiares del esposo fallecido, deberá dejarse toda decisión –al menos en un ochenta o noventa por ciento de las ocasiones– en sus manos.

Sin embargo, si el muchacho está bajo la tutela de los familiares como heredero de un padre pobre, entonces será razonable que ayudes a tu hija en sus dificultades, debiendo ocuparte de ambos.

Si la heredad del esposo fallecido fuese suficiente, o si contase con algunos ahorros, sería de esperar que los familiares políticos no tuviesen acceso a ellos. Incluso en el caso de que el nieto fuese todavía niño, y te fueses a ocupar de él, deberías contar con el consentimiento de tu hija, pues en caso contrario serías vulnerable a las críticas ajenas.

Ahora suponte que una familia en línea directa con el cabeza de tu clan, o en línea directa con tus antepasados, o de entre tus líderes, sufre una desgracia y pasa apuros. Tu actitud correcta como caballero sería no distanciarte de ellos, sino mantener buenas relaciones y ocuparte de ellos de tanto en tanto. Comportarte como un oportunista y estar sólo a las maduras, honrando a los que no lo merecen cuando les ves medrar, despreciando a los dignos cuando les ves pasar apuros, es propio de una mentalidad de campesino y mercader; no es lo adecuado en el caso de un guerrero.

FRUGALIDAD

Los guerreros, tanto de alto como de bajo rango, dedicados al servicio público deben tener siempre hábitos frugales y no gastar más de la cuenta.

Está el caso de los caballeros asalariados que en ocasiones pueden llegar a arruinarse. No obstante, si cambian sus hábitos y manera de pensar y economizan todo lo posible, simplificando sus necesidades, por muy fastidioso que resulte, no tardarán en recuperarse. Y será posible porque contarán con un sobrante.

Si aquellos de rango inferior imitan a los de rango superior, gastando más de la cuenta en cosas inútiles, nunca se sentirán satisfechos, pues carecerán de sobrante, y por mucho que economicen no podrán llegar a compensarlo, y al final se arruinarán totalmente.

La manera en que uno vive es un asunto particular, pero quienes se hallan prestando servicios públicos deben estar a la altura de sus compañeros, y por ello resulta inevitable incurrir en ciertos gastos. En esas condiciones, los hay que andan despistados y se dejan embaucar en todo tipo de confabulaciones, diciendo lo que no deberían decir y haciendo lo que no deberían hacer, ganándose con ello una mala reputación. Ese tipo de situaciones se deben sobre todo a problemas económicos.

Por tanto, lo primero que se debería llevar a cabo es darse cuenta de ese hecho, y vivir de acuerdo con los propios medios, evitando los gastos inútiles, aunque sean pequeños, y gastando el dinero únicamente en necesidades imperativas. Ese es el camino de la frugalidad.

Pero hay algo acerca de la frugalidad que debe comprenderse bien. Cuando uno se obsesiona con la economía, cuando odia gastar dinero, y se concentra en escatimar y ahorrar –aunque te recuperes económicamente, llegando incluso a ser más pudiente que antes–, si se vuelve avaricioso y miserable, acabará descuidando las propias obligaciones y deberes porque en lo único que pensará será en ahorrar dinero. Eso es ser un mísero.

Aunque esta actitud pueda darse entre los campesinos y la gente de las ciudades, un caballero que llegue a ser un mísero acabará siendo despreciado. Y es así porque as alguien a quien le disgusta gastar dinero –y hay muchos en este mundo– aun en asuntos mundanos, no sabrá renunciar a su única vida. Por eso, ya los antiguos dijeron que mísero es otra manera de denominar al cobarde.

CONSTRUIR LA CASA

Cuando un guerrero que trabaja en la administración pública se construye una casa, lo razonable es que su aspecto externo –la puerta, la caseta de vigilancia, el recibidor y la sala de estar– concuerde con la posición social del guerrero.

Me explicaré. En cualquier población fortificada, la gente de otros lugares y provincias puede penetrar hasta el anillo defensivo externo y observar. Si las casas de los guerreros son bonitas y dan la impresión de ser tranquilas, ello redundará en beneficio del señor del castillo.

Aparte de eso y respecto a las estancias interiores destinadas a la esposa, los hijos, y demás, lo razonable es colocar lo necesario para que no entre la lluvia, por muy feo que sea, a fin de gastar lo menos posible en la construcción.

Me explicaré. En tiempos de guerra, incluso a un gran barón, señor de un castillo, siempre le preocupará llegar a ser rodeado y sitiado en su ciudadela. Por ello, las casas de los guerreros en el segundo y tercer anillo se construyen, obligatoriamente, bajas, estrechas y livianas. Esto es especialmente cierto en el caso de los guerreros del anillo exterior, que queman sus propias casas en las ocasiones críticas, y por ello no tiene sentido construir una casa estable.

Por eso, una construcción extremadamente liviana se compara a un cobertizo bajo el que dormir.

Teniendo todo esto en cuenta, incluso en la actual era de paz, los caballeros que cultivan el camino del guerrero no deberían construir casas lujosas como si fuesen a vivir en ellas siempre.

Además, en caso de incendio, es necesario levantar un chamizo de inmediato. Si no tienes todo esto en cuenta y gastas demasiado en la construcción, endeudándote hasta las cejas, tu actitud sólo puede calificarse de excéntrica.

EQUIPO MILITAR

Los caballeros que trabajan en la administración pública deben mantener en perfecto estado su equipo militar y armamento, como corresponde a su posición. Eso incluye todo aquello que aparece en los códices militares de cada casa y lo que tenga a bien ordenar su señor, como pueden ser los emblemas personales, los blasones de los yelmos, los gallardetes de las lanzas, los emblemas de las mangas y los portaestandartes; ese tipo de emblemas de identificación siempre deben entregarse a todas las casas.

Si intentas proveerte de todo eso de repente, durante una emergencia, quedará en evidencia tu descuido habitual, y eso sin hablar de cómo te mirará la gente. En los códices de las casas de los guerreros se dice que quienes mueren a manos de sus propios aliados por descuidar los emblemas de identificación han muerto en vano. Por eso, no hay cabida para la negligencia.

Por ejemplo, suponte que las espadas de tus sirvientes son de madera o bambú porque das por sentado que no van a matar a nadie; o suponte que los hay tan tontos que van por ahí sin taparrabos porque dan por sentado que no tendrán que ir enseñando las nalgas, y les dejas. No tienes perdón.

Y todavía lo tienes menos porque eres un caballero en servicio. Por muy pacíficos que puedan ser los tiempos, si uno recibe un salario por su servicio militar y, no obstante, no considera la posibilidad de llegar a prestarlo, y no se ocupa de equiparse bien con el equipo militar y las armas necesarios, entonces es que es cien veces más negligente que quienes llevan espadas de madera o bambú, o que los jóvenes y escuderos que van por ahí sin taparrabos.

Por ello, deberías evitar conscientemente todo descuido en materia de equipo militar. Y además, deberías comprender varias cuestiones.

Suponte que un guerrero de rango inferior se dispone a adquirir un equipo completamente nuevo y pretende, por ejemplo, gastar tres piezas de oro en todo ello. Deberá gastar dos terceras partes de esa cantidad en la armadura y el yelmo, y el resto en ropa interior, pantalones, falda, sobretodo, zahones, cota, fusta, abanico, fiambrera, zurrón, cantimplora, y demás. Es esencial que prepare todos los objetos necesarios de igual manera que la armadura.

Aunque se sea joven y fuerte lo más conveniente es evitar las armaduras pesadas de grueso metal, los gallardetes grandes y los blasones igualmente grandes. La armadura confeccionada para adaptarse a la fuerza de la juventud deja de tener utilidad cuando uno envejece. Además, por muy joven que se sea, si estás indispuesto, o te hieren en el campo de batalla, te parecerá pesada incluso la más liviana de las armaduras. Por eso digo que hay que evitar las pesadas.

En cuanto a los gallardetes y los blasones grandes, cuando los has usado en todas las batallas desde tu juventud y son conocidos por todos, te resultará difícil apartarlos sólo porque se tornen pesados al envejecer.

EQUIPAMIENTO DE LOS SUBORDINADOS

Un guerrero de rango inferior no puede comandar un contingente numeroso de seguidores, ni siquiera en momentos de gran urgencia, pues no podrá armarlos más que con una lanza. Si esa lanza se rompiese, los hombres quedarían desarmados, por eso tiene sentido preparar una lanza de reserva, que pueda encajar en cualquier astil que se tenga a mano, aunque se trate de un bambú.

A los subordinados también hay que suministrarles espadas largas y sólidas, aunque no sean muy buenas. A los jóvenes valientes hay que darles armadura con yelmo de hierro, corazas, prendas para cubrir la cabeza, y gorros de metal para los lacayos y escuderos; a pesar de ser un guerrero de rango inferior, deberás asegurarte de equiparlos aunque sea con una protección corporal ligera.

Además, siempre que hay un duelo, como la espada puede golpear la armadura o el yelmo, estos acaban dañados. Por eso es esencial contar con reservas. Así pues, cuando te pongas al frente de tus subordinados, sería conveniente que un escudero se encargase de llevar tu espada

de reserva, a la vez que la del propio escudero será cargada por un paje o un porta-sandalias.

GUERREROS

Los guerreros son funcionarios que se supone deben castigar a los criminales que desestabilizan la sociedad, y proporcionar seguridad a los miembros de las otras tres clases. Por ello, y aunque seas un guerrero de rango inferior, como tal, lo normal sería que no abusases o maltratases a las otras tres clases.

Imponer tributos excesivos a los campesinos y agotarlos con todo tipo de labores no remuneradas, u obligar a los artesanos a elaborar objetos por los que no van a cobrar, o comprar a los mercaderes a crédito y luego no pagar las deudas, o bien pedir prestado dinero y no devolverlo, son todas ellas grandes injusticias.

Y si lo entiendes así, deberías asegurarte de tratar con compasión a los campesinos de tu señorío, que los artesanos no se arruinen, y pagar los préstamos a los mercaderes, en plazos pequeños en caso de resultarte imposible liquidarlos de golpe para que no sufran pérdidas.

Un guerrero, cuyo deber es poner coto al bandolerismo, no debe actuar como un rufián.

MODESTIA

Hasta hace cincuenta o sesenta años, entre las expresiones que hacían referencia a las carreras de los guerreros sin señor, hablar de «necesitar al menos un caballo de reserva» significaba recibir un estipendio de, al menos, 500 *kokus* de arroz (un koku equivale a 5,119 fanegas). Hablar de «necesitar al menos un rocín flaco» quería decir requerir 200 kokus, sin decirlo directamente. «Permitirse blandir una espada robinada» significaba obtener un puesto de 100 kokus.

Las formas antiguas de los guerreros sobrevivieron hasta entonces, y esas expresiones hacían referencia a cifras de las que no se quería hablar en voz alta. Decir que «un halcón, aunque hambriento y que no haya comido, siempre lleva un palillo en la boca», era un proverbio también en boga en esos tiempos. Los jóvenes no hablaban de estipendios ni del precio de las cosas, y se hubieran sonrojado al oír hablar de sexo.

Sería de desear que quienes se supone que son guerreros, tratasen de emular las maneras de los de antaño, aunque no pudieran conseguirlo del todo. Si se adopta la actitud de que «no hay que preocuparse por tener la nariz torcida mientras pueda respirarse por ella», sobrarán las palabras.

ELEGIR LAS AMISTADES

Un guerrero que trabaja en la administración pública puede contar con muchos compañeros, pero lo natural es entablar amistad con guerreros que son valientes, justos, inteligentes e influyentes. No abundan los de esta especie, y por ello, aunque sólo acabes encontrando uno que mantenga relación con otros amigos tuyos, valdrá la pena que cultives su amistad, pues puede resultar de gran ayuda en tiempos de necesidad.

Por lo general, no resulta apropiado que los guerreros no sean selectivos con sus amistades, se tomen confianzas con cualquiera, beban y cenen con desconocidos, y visiten frecuentemente a otros guerreros. Me explicaré.

Los guerreros pueden ser buenos amigos entre sí sólo cuando sean amigos de corazón. Los guerreros no deberían relacionarse así, porque sí, sólo para pasarlo bien y charlar. Si pierden totalmente su sentido del decoro, comportándose con familiaridad, pasando las noches en vela cantando, si se sienten tan confiados que creen que pueden hablar de todo, pueden acabar alienados, dejándose de hablar. Y si no hay nadie que les reconcilie, pueden acabar desinteresándose el uno del otro, sin sentir necesidad de arreglar las cosas. Su apariencia externa puede ser de gue-

rreros, pero su psicología es propia de peones. Hay que andarse con ojo.

RELACIONES DE AMISTAD

Que un guerrero se sienta orgulloso de que pueda confiarse en él es lo natural de acuerdo con el código de la caballería. No obstante, si uno se vanagloria de ello sin una buena razón, yendo donde nadie le llama, y aceptando responsabilidades ajenas, entonces se es un entrometido y un metomentodo; y eso no está nada bien. Aunque se trate de un asunto en el que creas poder decir algo, lo mejor es no implicarse si no te piden consejo.

Me explicaré. Si eres un guerrero, una vez que has aceptado hacer un favor debes cumplir tu palabra, por muy difícil que te resulte. Dependiendo de cómo vayan las cosas, puede que incluso debas sacrificar la vida por tu señor, tus padres, o tus hermanos. Por eso te aconsejo que no hagas alarde de fiabilidad sin tener buenas razones para ello.

Cuando a los antiguos guerreros se les pedía algo, primero consideraban su viabilidad, y si creían que no era posible llevarlo a cabo, no lo hacían. E incluso se lo pensaban mucho antes de hacer algo que considerasen factible; por ello, cualquier cosa a la que accedían era realizada a la perfección.

Esa es la razón por la que eran alabados.

No obstante, si realmente das tu consentimiento para hacer algo que te han pedido, sin pensarlo bien antes, y cuando las cosas se ponen mal abandonas, entonces te habrás labrado justa fama de inútil.

Ahora bien, expresar tus opiniones a otros, o poner objeciones a sus puntos de vista, son cosas que deben hacerse con la debida consideración. Aunque el hecho de que la gente exprese sus opiniones –sean las que sean– de manera reiterada no tiene mucha importancia, al hablar con los padres, maestros, hermanos, tíos, hijos, estudiantes, o sobrinos, todo lo que pueda decir un guerrero deberá ser dicho con tacto y consideración. Sobre todo al hablar con amigos y compañeros; el tacto cobra más importancia en esas ocasiones.

Y sin embargo, si alguien llega a ti pidiéndote consejo, rechazarle de plano con el argumento de que lo que te demanda está más allá de tus posibilidades también sería algo excepcional. Una vez que te conviertes en confidente de alguien, ser fiel a la verdad y dar tu opinión con libertad demuestra hasta cierto punto que puede confiarse en ti, aunque a la otra persona no le vaya a gustar.

No obstante, si eres tímido y temes decir la verdad, por miedo a ofender o contrariar, y acabas diciendo lo que te parece conveniente en lugar de lo adecuado, induciendo a las otras personas a decir lo que no deben, o provocando que cometan un gran error que revertirá en su contra, entonces puede decirse que como consejero eres una nulidad.

Pero, si se trata de personas tan carentes de inteligencia como para rechazar un buen consejo, y como consecuencia cometen errores debidos a una tonta presunción, al insistir en hacerlo a su manera, no deberás seguir manteniendo relaciones amistosas con ellas.

CORTAR RELACIONES

Un guerrero que trabaja en la administración pública puede que tenga entre sus compañeros a alguien con quien ha cortado todo tipo de relación social por algún motivo. En caso de que su señor les haya ordenado trabajar juntos, deberá dirigirse directamente a la otra persona y decirle: «Se me ha ordenado trabajar en el mismo puesto que usted, y he aceptado el nombramiento. Aunque ya no mantengo relación social alguna con usted, ahora que hemos sido asignados a la misma tarea, hablemos libremente entre nosotros para poder cumplir nuestra obligación sin contratiempos.

»Como es usted mi predecesor y superior en este empleo, solicito su consejo en toda cuestión relacionada con él. Además, si mañana nos asignasen a puestos distintos y cesásemos de ser compañeros de trabajo, dejaríamos de tener que ver nada entre nosotros. Hasta ese momento comuniquémonos abiertamente».

Dejar las cosas claras y trabajar juntos y cooperando es lo correcto en el caso de un guerrero, y todavía lo es más en el caso de compañeros entre los que no existe ningún problema: si se trabaja en la misma dependencia, deberían poder comunicarse libremente.

Ahora bien, suponte que se carece de la delicadeza de la que hay que hacer gala en esos casos y que se disfruta viendo cometer errores a un recién llegado carente de experiencia en ese puesto. Esa es una actitud vil y repugnante... es inconcebible. Lo más probable es que los guerreros con ese tipo de mentalidad sean unos cobardes en tiempos de crisis, que roben la fama de otros en el campo de batalla, o que maten a sus propios aliados. Es algo de lo que hay que ser muy consciente.

FAMA

Un guerrero debería releer los códices antiguos de forma regular para así fortalecerse. En libros famosos como *Kōyō Gunkan, Nobunaga-ki, Taikō-ki*, y otros parecidos, y en las crónicas de las batallas, se mencionan los nombres de todos los que se distinguieron en el combate, y también el número de muertos. Entre tantos miles de muertos, debe haber habido muchos que fueron caballeros de alta posición cuyos nombres no aparecen registrados porque no hicieron nada especial para merecerlo. Sólo se registran los nombres de los guerreros que realizan distinguidas gestas militares, aunque sean de rango inferior.

No obstante, tanto los que murieron con ignominia como los que lo hicieron gloriosamente, sintieron el mismo dolor al entregar sus cabezas al enemigo. Tras caer en la cuenta de este hecho, la verdadera actitud digna de un guerrero es comprender que, si uno va a tener que renunciar a su vida, más vale hacerlo con heroísmo, asombrando a los amigos y a los enemigos, para que tu muerte sea lamentada por tu señor y comandantes, un honor para la posteridad.

Por el contrario, quedarse por detrás de los tuyos al atacar, y ser el primero en retirarse, o agacharse tras los propios

compañeros con el fin de evitar el fuego enemigo, utilizándolos como escudo, para luego ser derribado por una flecha perdida y pisoteado por tus propios aliados, pereciendo como un perro, perdiendo la vida, la más preciada de las cosas, es la más amarga de las mortificaciones, una situación penosa; no hay indiscreción peor para un guerrero.

Hay que meditar profundamente sobre esta cuestión, y reflexionar cabalmente sobre ello, tanto de día como de noche.

LENGUAJE ALTISONANTE Y CRÍTICA

Entre la clase de los guerreros están los que gustan de utilizar un lenguaje altisonante y ser unos bocazas, y los que critican; puede dar la impresión de ser parecidos, pero es necesario comprender que son muy distintos.

Me explicaré. Entre los guerreros de antaño hubo algunos que se ganaron a pulso una reputación de bocazas. Incluso entre los caballeros abanderados del shogun hubo algún que otro jactancioso. En esos tiempos había un puñado de caballeros famosos por su jactancia en los predios de las baronías de cada provincia.

Todos esos jactanciosos habían llevado a cabo servicios militares distinguidos, y no carecían de nada por lo que se refiere al código guerrero; pero, no obstante, eran rechazados social y profesionalmente porque a veces podían ser tan testarudos que resultaban totalmente inútiles como consejeros. Sus estipendios y posiciones no estaban a la altura de sus distinguidas reputaciones, y por ello desarrollaron una actitud irresponsable, y decían lo que les venía en gana en cualquier ocasión. Y sin embargo, los señores y sus altos consejeros les ignoraron por completo, lo cual

hizo que se sintieran todavía más desinhibidos y hablasen abiertamente de las virtudes y defectos de las personas sin cortarse lo más mínimo ni disculparse, convirtiéndose en unos bocazas durante el resto de sus vidas.

En cuanto a los de hoy en día, ninguno de ellos se ha puesto nunca una armadura, y, no obstante, cuando se reúnen con sus amigachos critican la manera en que su señor lleva su feudo, o la política del consejo; y aparte de eso, también cotillean a placer acerca de sus semejantes y compañeros. La gente de ese tipo, imbéciles que se creen los más inteligentes, es muy distinta de la de antaño. Lo que hacen es más bien echar pestes o poner verde a los demás.

VIAJES

Al viajar en comisión de servicios, los caballeros de rango inferior deben montar en caballos de carga. En ese caso, deberán asegurar sus dos espadas a fin de que no se salgan de la funda si caen del caballo. No obstante, no hay que envolver las empuñaduras en toallas ni nada por el estilo para asegurarlas. Lo mismo vale decir respecto a envolver una lanza con soga para mantenerla asegurada. No se trata únicamente de cuestiones de cuidado personal: el equipaje está marcado con el nombre del señor, y por ello las maneras y normas del predio del señor darán la impresión de ser laxas.

Ahora bien, existe la costumbre de cambiar de caballo a través de los palafreneros. Si el jinete anterior es un caballero, espera hasta que le hayas visto desmontar, por indicación del palafrenero; sólo entonces podrás desmontar tú también. La razón de ello es que si desmontas como te indica el palafrenero y te quedas allí esperando, si el jinete anterior dice que no cambiará de montura, entonces no deberás insistir en hacerlo. Pues, aunque ya hayas desmontado, deberás volver a montar el mismo caballo por deferencia al otro.

En el camino, al vadear ríos, asegúrate de contratar por-

teadores para que te ayuden a cruzar. Si intentases hacerlo por ti mismo para evitarte el gasto, o porque te crees un experto, y el caballo tropieza y se te moja el equipaje, habrás cometido una gran estupidez.

En cuanto a los que se suben a la balsa en Yokkaichi o a una embarcación en Awazu pensando que así acortan camino, están bien equivocados. Si te sorprende una borrasca mientras navegas en las embarcaciones de Kuwana, como hace todo el mundo, entonces tendrás una excusa. Pero si te metes en problemas por iniciativa propia a fin de tomar un atajo y algo marcha mal, entonces no tendrás ninguna.

Un antiguo poema dice:

Aunque cruzar por el puente de la Flecha
sea un atajo para un guerrero,
si tienes prisa, toma el camino más largo,
el puente largo de Seta.

Esta enseñanza no sólo puede aplicarse a un viaje, sino que hay que mantener esa actitud con respecto a todas las cosas.

ADVERTENCIA ACERCA DE LAS MURMURACIONES

Un guerrero empleado en la administración pública no debe murmurar, aunque vea o escuche que hablan mal de sus compañeros.

La razón es que nunca sabes en qué tipo de aprietos te puedes meter y qué clase de malentendidos vas a provocar. Además, los superiores y oficiales son nombrados por el señor que te emplea, según su propio criterio. Por ello, hablar mal de ellos equivale a poner verde a tu señor.

También pudiera suceder que por determinada razón necesites pedir algún favor a esas personas, y entonces tengas que esperar hasta que los veas de buen humor, además de tener que pedírselo de rodillas, con las manos juntas, tapándote esa boca que hasta ese momento les criticó y puso de vuelta y media. Sea lo que sea, no es el tipo de conversación que debe salir de la boca de quien se supone que es un guerrero.

TUTORÍA

Durante la era de los Estados Combatientes, si un caballero caía en el campo de batalla tras haber peleado con honor, o si recibía una herida mortal de la que acabaría pereciendo, su señor o comandante hacía gala de una consideración especial permitiendo que el hijo del caballero –en caso de tenerlo– heredase su posición sin concurso, aunque el hijo acabase de nacer ese mismo año.

Si, no obstante, el hijo era demasiado joven como para iniciar su vida militar, y si el hermano menor del padre no prestaba servicio, podía ser designado por el señor con el fin de suceder a su hermano mayor de modo temporal, ocupándose del joven heredero durante su minoría de edad. A eso se le denominaba tutoría.

Existe un antiguo código de tutoría. Si sucedes a tu hermano en las circunstancias mencionadas, lo normal es que consideres a tu sobrino como un hijo tuyo y que le críes con una compasión genuina.

Ahora bien, si sucedes a tu hermano mayor, es esencial que revises su equipo militar, el de sus caballos, y cualquier otro tipo de parafernalia, y que redactes un cuidadoso inventario de todo lo que hay en el seno de la familia, en presencia de uno o dos testigos.

Cuando el muchacho cumpla 15 años, deberás escribir una misiva en la que pidas que el puesto que has estado ocupando le sea adscrito a él, y que le sea permitido entrar a prestar servicio al año siguiente, en cuanto cumpla 16 años y pueda asumir los deberes de caballería, por joven que pueda parecer.

En ese momento, y dependiendo del rango, no sería del todo inconcebible que se te dijese que tu petición es aceptable, pero que deberías seguir ocupando el puesto durante dos o tres años más porque tu sobrino es demasiado joven. Rehúsa por mucho que insistan; luego, cuando tu petición sea aceptada, entrégale todos los efectos personales pertenecientes a su padre, de acuerdo con el inventario realizado al inicio de tutoría. Si debes entregar cualquier objeto adquirido durante dicha tutoría, mantén un registro de ellos y entrégalos igualmente.

Ahora bien, si, como ya se ha mencionado, te piden que sigas ocupando el puesto de cabeza de familia, sería conveniente que de un estipendio original digamos de 500 kokus, entregases 300 a tu sobrino, quedándote con 200 si mantienes la tutoría durante unos pocos años más. En ese caso, expresa gratitud, pero también la preocupación de que los emolumentos de la casa principal se verán reducidos. Deberás solicitar que todo el estipendio de tu hermano mayor vaya a tu sobrino, a la vez que tú te retiras.

Todo caballero que realice funciones de tutoría debe guiarse por las pautas enumeradas anteriormente. Por el contrario, negarse a ceder la dirección de la familia a tu sobrino cuando alcance la edad de iniciar su servicio militar, o incluso si la cedes, perder las reliquias familiares durante tu custodia, dejar la casa sin mantenimiento, ni llevar a cabo reparaciones, no hacer honor a préstamos y deudas no adquiridas por tu hermano, e incluso importunar a tu joven

sobrino con cuestiones de comida y dinero, es totalmente inapropiado.

ENFRENTARSE A LA MUERTE

La preocupación más importante de un guerrero, sea cual fuere su rango, es cómo se comportará en el momento de la muerte. Por muy elocuente e inteligente que te pueda parecer que eres, si pierdes la compostura a la hora de morir y lo haces de forma indecorosa, toda tu buena conducta previa no servirá de nada, y serás despreciado por la gente seria, una auténtica desgracia.

Un guerrero lleva a cabo gestas militares distinguidas en el campo de batalla y merece el mayor de los honores sólo tras haber aceptado el hecho de que va a morir. Por ello, si tiene la desgracia de perder en un duelo, cuando está a punto de perder la cabeza a manos del enemigo, o se le pregunta el nombre, se identifica con claridad con las manos situadas por encima de la cabeza, acompañando el gesto de una sonrisa, sin mostrar ninguna vacilación.

O bien, si está tan malherido que los médicos no pueden ayudarle, lo mejor que podría hacer como guerrero es hablar con sus oficiales y compañeros claramente y ocuparse de sus heridas mientras permanezca consciente, para después morir en calma.

Al considerar la muerte de este modo, y aunque sean tiempos de paz y se trate de un guerrero joven –eso por no

hablar de un veterano–, éste debe prepararse mentalmente en caso de enfermedad grave, tratando de abandonar esta vida sin pesar. Esto es aplicable, desde luego, a un oficial importante, claro está, pero aunque se trate de un funcionario menor, deberá invitar a su superior a que le visite mientras todavía pueda hablar, para ofrecerle su agradecimiento y disculpas y anunciarle su muerte inminente.

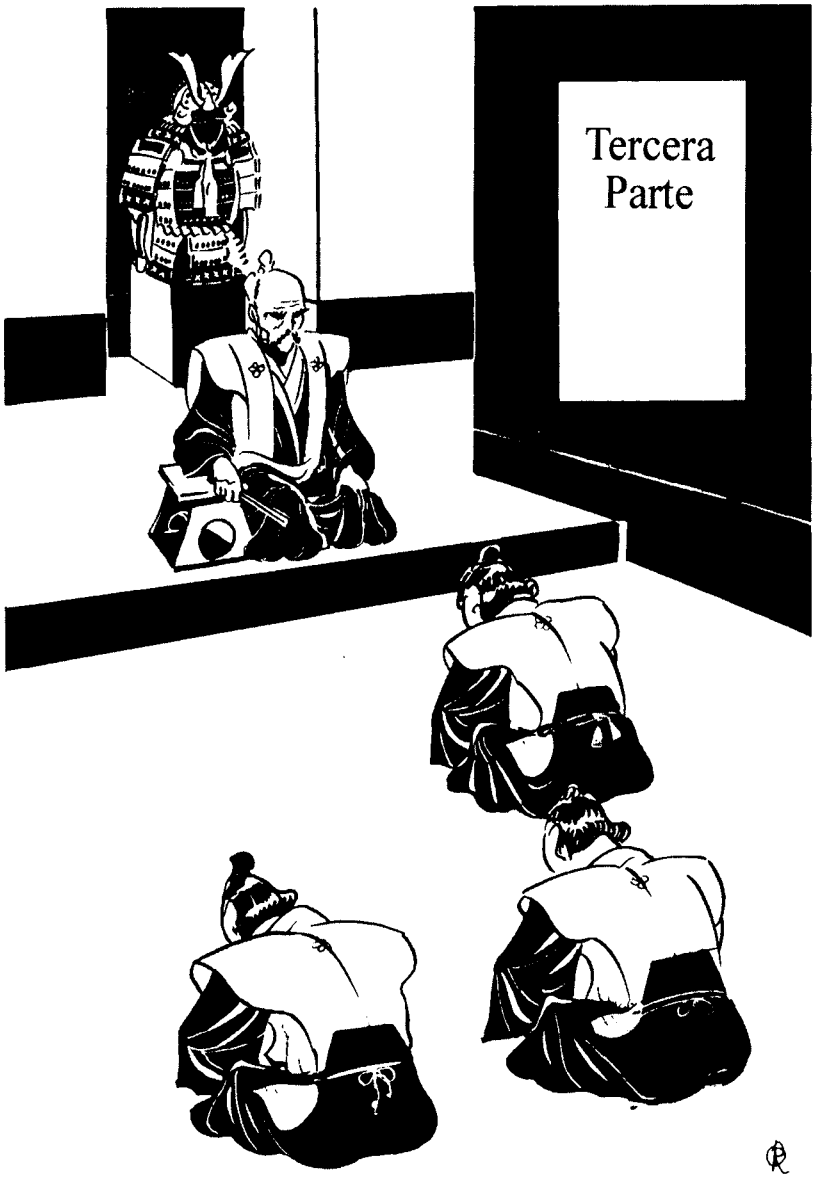
A continuación, debe despedirse por última vez de su familia y amigos, llamando a su lado a sus hijos para decirles: «Morir de enfermedad aunque se haya estado mucho tiempo al servicio de un señor no es el auténtico objetivo de un guerrero, pero no hay más remedio. Cumplid mi voluntad mientras seáis jóvenes; y de existir una razón natural, estad preparados para servir al señor, sed siempre leales y respetuosos, y esforzaros en el servicio público. Si violáis este pacto y sois desleales o injustos, podéis estar seguros de que os desheredaré, aunque esté ya por debajo de las sombras de las briznas de hierba».

Realizar una declaración final es el deber de todo guerrero auténtico. Dijo un sabio: «Cuando la gente esté a punto de morir, dejadles pronunciar palabras con sentido».

Lo que se ha descrito hasta aquí podría considerarse como el camino de la muerte de un guerrero. Por el contrario, si peleas contra la muerte, negándote a considerar fatal una enfermedad grave, encantado siempre de que alguien minimice tu enfermedad y odiando a todo aquel que afirme que es algo serio, discutiendo con los médicos, realizando plegarias y votos imposibles, pensando de manera confusa, sin realizar ninguna declaración final aunque tu enfermedad vaya agravándose paulatinamente, entonces se parecerá a la muerte de un perro o un gato. Echar a perder tu última hora de esta manera es una forma de morir que denota un escaso carácter, producto de la incapacidad de mantener

siempre presente la idea de la muerte en mente –como se recomienda al principio de este libro–, detestando enterarte de la muerte de alguien, teniendo la impresión de que permanecerás en este mundo para siempre, deseoso y ansioso de vivir. Si te diriges al campo de batalla con una actitud tan cobarde como esa, no habrá modo de que puedas tener una muerte espléndida sirviendo a la causa de la lealtad y el deber.

Por eso, quienes cultivan el camino del guerrero dicen que morir, aunque sea en el lecho a causa de una enfermedad, es el «acontecimiento más importante de toda una vida».


Tercera
Parte

SERVICIO

Cuando se es un caballero en servicio, si tu señor pasa dificultades económicas debido a gastos importantes, puede que no tenga más alternativa que pedirte un préstamo sobre tu salario normal durante algunos años. Sea cual fuere la cantidad, grande o pequeña, una vez que hayas dado tu consentimiento no sería propio de un guerrero quejarse ante nadie de lo mal que lo pasas, ni siquiera durante una conversación intrascendente con tu esposa o hijos.

Me explicaré. Ya desde antaño, e incluso ahora, existe una regla en las casas de los guerreros que establece que los vasallos deben unirse y prestar ayuda siempre que su señor pase dificultades, y que, a su vez, un señor feudal puede utilizar su poder para ayudar a los vasallos en dificultades. Cuando un señor pasa apuros económicos, eso afecta al dominio público. Incluso se cancelan cosas que un señor feudal se supone que debería hacer, propias de las baronías. A los vasallos les resulta inquietante y desalentador ver que su señor feudal apenas puede valerse.

La vida cotidiana sigue su curso, pero cuando se produce un problema fronterizo inesperado –como puede suceder en cualquier momento– y llegan órdenes para dirigirse a esa zona a fin de cumplir un servicio militar y hay que prepa-

rarse, lo primero que se necesita es dinero. Cuando un joven señor feudal pasa apuros de esa índole y no tiene medio alguno de reunir el dinero necesario, por muy inteligente que sea, y mientras otros barones se preparan para un despliegue inmediato en una fecha concreta, hay que hacer acto de presencia aunque se esté pobremente equipado.

En tiempos de paz, un desfile militar ante público de todas las clases se considera un espectáculo. Como todo el mundo está pendiente, si las gualdrapas y los atavíos de los hombres y cabalgaduras de tu feudo son inferiores a otros, resultaría impropio, y representaría la mayor desgracia de toda la vida para el señor feudal o el comandante de la tropa. Teniendo en cuenta la seriedad del asunto, los caballeros del feudo, tanto los importantes como los normales, los recién llegados y los veteranos, están obligados a renunciar a parte de sus estipendios, de acuerdo con sus medios.

Por tanto, durante el período o los años en que veas reducido tu salario, debes pensar en todos los medios que te permitan ahorrar: reducir el número de personal y caballos, llevar ropa de lino y algodón en invierno, y de cáñamo en verano, comer arroz sin refinar y sopa de mijo con salvado por la mañana y por la noche. Saca el agua del pozo y corta la leña tú mismo; que tu esposa prepare la comida. Soporta todas las privaciones lo mejor que puedas, concentrándote en la intención de poner algo de orden en la economía de tu señor feudal. Esa debería ser tu motivación fundamental de servicio.

Además, durante ese período de dificultades, pudiera suceder que te encomendasen deberes especiales y que, por tanto, requirieses de fondos suplementarios de urgencia. Deberás apañártelas para afrontar a esos gastos por ti mismo, sin pedir prestado, aunque tengas que empeñar tu espada de reserva y las joyas de tu esposa. Así impedirás

las murmuraciones ajenas, pues aunque el señor feudal no se entere, los oficiales superiores del feudo pudieran llegar a despreciarte, pensando que les estás importunando de una forma que no corresponde a un caballero dada la reducción de tu salario.

VASALLAJE

Un guerrero que acepta un salario de un señor feudal por sus servicios como caballero no podrá cumplir con sus deberes mientras considere su cuerpo y su vida de su exclusiva propiedad.

Me explicaré. Existen dos tipos de personas que prestan servicio en las casas guerreras. Los lacayos y escuderos de bajo rango que están ocupados día y noche, que trabajan mucho, pero sobre cuya función no existe ninguna convención que diga que deben sacrificar sus vidas en interés del señor feudal. Por ello, su actuación en el campo de batalla carece de trascendencia, y en su caso no existe la posibilidad de oprobio. Y así, puede decirse que son empleados que sólo venden sus cuerpos.

En cambio, un caballero dedica su vida al servicio del señor feudal. Como el señorío es originalmente una función militar, en caso de emergencias, se supone que un señor debe proporcionar una milicia que corresponda a su posición.

Por ejemplo, un señor con un feudo de 100.000 kokus se supone oficialmente que debe proporcionar una milicia de 170 jinetes, 60 arqueros de infantería, 350 infantes, 150 lanceros y 20 abanderados. El número de personal auxiliar,

aparte del requerimiento oficial, dependerá de la capacidad y voluntad del comandante.

Ahora bien, cuando una milicia así es conducida al campo de batalla, en retaguardia deben quedar los efectivos suficientes como para asegurar y defender el castillo en caso de sitio. Por ello, aunque no siempre se necesiten tantos guerreros, sí que es necesario mantener un número elevado. Entre los numerosos guerreros de un feudo, puede que haya algunos nacidos con discapacidades físicas, u otros que carezcan de determinación, pero a todos ellos se les trata con tolerancia y se les permite mantener sus encomiendas hereditarias.

Por ello, un vasallo debe reconocer la relación especial que mantiene con su señor feudal de entre todos los señores provinciales y locales de Japón. Aunque dispongas de un pequeño salario de 100 kokus, en diez años sumarán 1.000 kokus de arroz. Así que si sumas todo el arroz recibido por tu familia en las décadas transcurridas desde los tiempos de tus antepasados hasta el momento presente, ¿a cuánto ascenderá?

Si llega la hora de devolverle a tu señor ese favor y sólo ejecutas tareas ordinarias, como guardia, escolta, o emisario –tareas que en tiempos de paz consisten en dar vueltas y no hacer nada–, entonces te diré que tu servicio es mediocre. A duras penas puede denominarse un servicio excepcional.

Pero cualquier día puede darse una situación de emergencia; la esencia del servicio caballeresco es prepararse mentalmente, en privado, en presencia del dios de la Guerra, y pensar que nadie más hará lo que debes hacer tú mismo, sea dirigir una carga como primer lancero, liderar un sitio como primer auriga, o bien organizar la retaguardia en retirada cuando tu bando sufra un revés, o, dependiendo

del rango, ponerse en pie ante una cortina de flechas en lugar de tu señor y comandante, o mantenerte firme y tener una muerte heroica combatiendo.

Sea lo que fuere, una vez que hayas dominado esta esencia, tu cuerpo y tu vida dejarán de pertenecerte. Como no sabes cuándo puede llegar a necesitarte tu señor, deberás cuidarte y evitar hábitos malsanos, como comer en demasía, beber mucho alcohol y la promiscuidad sexual. No consideres que tu objetivo sea morir en casa, en la cama, ni se te ocurra iniciar una pelea en la que puedas acabar matando a tus camaradas, o perdiendo la vida. Debes abandonar este tipo de comportamiento irresponsable y desleal respecto a tu señor.

Para evitar todo eso lo mejor es no hablar sin pensar. Las riñas tienen su origen en hablar más de la cuenta, y una vez que surge la disputa no hay manera de frenar el lenguaje ofensivo. Cuando dos guerreros llegan a un punto en que intercambian lenguaje ofensivo entre sí, no hay forma de que la cosa acabe bien.

Por ello, el caballero leal y dedicado, o del que puede decirse que es inteligente, es el que se da cuenta de eso y se contiene, absteniéndose de implicarse en una discusión, recordándose a sí mismo que ya ha dedicado su cuerpo y vida a su señor.

SERVICIO MILITAR

En general, los deberes oficiales de los guerreros son dobles: combate y construcción.

Cuando el mundo está en guerra, siempre hay alguna batalla en la que luchar, o una escaramuza... y por ello el guerrero no puede descansar ni siquiera un día.

La construcción va de la mano de las operaciones militares: un baluarte aquí, un foso allí, una barricada, un fuerte, una avanzadilla... El esfuerzo que todos los rangos se ven obligados a realizar cuando hay que levantar –tanto de día como de noche– alguna de esas construcciones es tremendo.

En tiempos de paz no hay combates, y por tanto tampoco ese tipo de construcciones. Por este motivo, a los caballeros bajo mando militar, tanto a los importantes como a los que no lo son, se les asignan diversos deberes, como guardias, escoltas, emisarios, y otros.

Si hay alguien que piense que esos puestos civiles constituyen el verdadero trabajo de un guerrero, entonces es que no se acuerda de que el combate y la construcción son los deberes esenciales de un caballero. Cuando se pide a los barones del shogun que se comprometan a ayudar en la construcción de un proyecto público, si el gasto es im-

portante, se reparte entre los caballeros de ese feudo, a fin de que cada uno de ellos contribuya en algun medida. A veces, esos dispendios inesperados provocan resentimiento y malhumor, que tienen su origen en querer ignorar el hecho de que los deberes esenciales de un caballero son el combate y la construcción.

Cuando se trata de deberes ordinarios, como guardias, escoltas, o hacer de emisarios, y tratas de esquivarlos porque te parecen pesados, fingiendo enfermedad, o intentando endosarle la labor a tus compañeros sin pensártelo dos veces; o en el caso de tener que hacer de emisario, que implica viajar, te resistes a hacerte cargo de los gastos del viaje y a asumir las incomodidades del camino, y te finges enfermo y remites los gastos y las molestias a otros, sin mover una ceja; o incluso en el caso de que tu misión te lleve a algún lugar cercano, y te quejes cuando te pueden escuchar tus compañeros porque has tenido que ir un par de veces el mismo día, o porque llovía, estarás realizando todas esas tareas con una actitud negativa, comportándote peor que un lacayo o un escudero que ha de cargar con la armadura de un caballero.

Cuando los caballeros nacidos en la era de los Estados Combatientes iban a la guerra, en verano el sol les abrasaba implacable enfundados en sus armaduras, y en invierno el frío viento se les metía por todas las rendijas. Se empapaban con la lluvia y se helaban con la nieve. Dormían en campos y montañas, utilizando como almohada sus gualdrapas, y sólo se alimentaban de arroz con cascajo y sopa de sal. Sufrían en todo tipo de condiciones, al combatir en campo abierto, al sitiar fortalezas, o al defender ciudadelas. Lo único que no experimentaban era la simple normalidad.

Cuando pensamos en ello desde nuestra propia perspec-

tiva, nos parece que hemos tenido mucha suerte al nacer en una era de paz, en la que colgamos mosquiteras en verano, nos arropamos con buena ropa de cama y cálidos edredones, comemos lo que queremos, por la mañana y por la noche, y vivimos en paz, rodeados de comodidades. Por ello no existe razón alguna para considerar penalidades deberes como hacer guardias, dar escolta o llevar mensajes.

Se dice que un famoso guerrero conocido como el maestro Arquero solía tener un rótulo colgada de la pared que constaba de seis caracteres que aplicaba en la vida cotidiana: «Siempre en el campo de batalla». Lo cuento como ayuda en la formación de los guerreros novicios.

DISCRECIÓN

Si a alguien le regalan una chaqueta o un traje con el emblema de su señor, al vestir la chaqueta, deberá ponerse un traje con su propio emblema; y cuando vista el traje con el emblema de su señor, deberá ponerse una chaqueta con el suyo propio. Sería una descortesía hacia su señor si llevase puestos la chaqueta y el traje con el emblema de este al mismo tiempo, pues así es como visten los familiares del señor.

Cuando la chaqueta o el traje recibidos estén demasiado viejos por el uso, hay que quitar de ellos los emblemas del señor, que deberán incinerarse. Se hace así para evitar ensuciar los emblemas del señor feudal.

Si en el hogar de un compañero que vive en una casa vecina se produce un suceso trágico, o una enfermedad grave, aunque no se mantenga una relación muy cordial con él, hay que evitar reírse y cantar en voz alta. También deberás dar instrucciones al respecto a tu esposa, hijos y sirvientes. No sólo por lo que esa persona pudiera pensar, sino porque es una cuestión de discreción. Ser avergonzado o despreciado por tus compañeros y juzgado como alguien carente de consideración y educación no es nada bueno.

EXPRESIÓN VERBAL

Cuando a un caballero en servicio su señor feudal le encomienda llevar a cabo una ejecución, debe contestar: «Ser nombrado para esta tarea oficial, entre tantos servidores del feudo, es un destino adecuado para un guerrero, y por ello me siento agradecido; acepto sin vacilaciones, desde luego». Por el contrario, una aceptación dubitativa no es nada conveniente.

Me explicaré. Aunque estés decidido a llevar a cabo la ejecución de manera encomiable, como la victoria en un duelo depende en parte de la suerte, pudiera ser que acabases muriendo tú mismo en el proceso cuando la persona que se te ha ordenado ejecutar se defienda. En cualquier caso, tus compañeros te juzgarán a posteriori, para bien o para mal.

Si todo sale bien, la gente te alabará, dirán que, aunque dabas la impresión de estar capacitado para la labor desde el momento en que la aceptaste, lo hiciste muy bien. O si fracasas y caes muerto, la gente mencionará la manera en que aceptaste la tarea y expresará su pesar, dirán que no parecías ser de los que fracasan, y se preguntarán qué es lo que falló.

No obstante, si tu aceptación es mínimamente vacilan-

te, aunque obtengas éxito en tu misión no habrá nadie que te alabe; la gente dirá que ha sido cuestión de suerte. Y si fracasas, entonces te pondrán verde, asegurando que se dudaba de tu éxito desde el momento en que aceptaste, y que finalmente así ha sido.

Por eso digo que la aceptación debe expresarse con buen talante, sin vacilaciones.

La máxima preocupación de cualquier caballero es no cometer ningún error en ninguna circunstancia. Por ejemplo, si se te molesta solicitando ayuda, piensa en ello cuidadosamente, teniendo en cuenta si lo que se te pide es posible o no lo es. Si lo crees imposible, es otra cuestión, pero si estás dispuesto a dar tu aprobación, entonces acepta sin vacilar.

Como en el caso ya explicado, aunque una petición pueda parecer excesiva, si vacilas y das la impresión de acceder a pesar de todo, entonces la otra persona se sentirá desanimada y albergará resentimiento y amargura por haberte pedido a ti el favor. Ser así es señal de falta de carácter e indecisión. Es encadenar un fracaso tras otro.

HISTORIAS FAMILIARES

Los caballeros que prestan servicio, aunque sean recién llegados –eso sin hablar de los veteranos–, deben hacer preguntas a sus superiores a fin de conocer los orígenes de la casa del señor feudal, sus antepasados, sus familiares consanguíneos, sus familiares políticos, y a fin de poder incluso distinguir a los compañeros del feudo, desconocidos para la mayoría.

Así, cuando te encuentres con guerreros pertenecientes a otros feudos y converses con ellos, no tendrás que contestar que no sabes o desconoces los orígenes de la casa de tu señor, pues aunque pudieras parecer un buen vasallo, eso haría que te considerasen un tanto superficial.

ESCOLTAR

Cuando un caballero que presta servicio acompaña a su señor feudal en un viaje, y llegan a una posta, debe hablar con la gente del lugar, orientarse respecto a las montañas, bosques, templos y santuarios visibles de las cercanías, descubrir qué clase de terreno abierto hay por los alrededores para acampar, y en qué estado se halla el camino. Es fundamental realizar un reconocimiento y tener todo preparado antes de la puesta de sol. Porque si se declara un incendio en medio de la noche y el señor ha de huir, el caballero siempre podrá guiarle.

Ahora bien, cuando se presta servicio como escolta de a pie, hay que procurar adelantarse al señor cuando se va cuesta arriba, e ir por detrás cuando se baja una pendiente. Puede parecer algo sin importancia, pero forma parte del servicio.

Utiliza esos ejemplos e indicaciones y piensa en cómo puedes aplicarlos cuando te halles de servicio. La intención primordial de un caballero debe ser concentrarse en sus tareas y trabajar diligentemente día y noche.

OFICIALES

Hay un dicho que dice que las chaquetas blancas y los oficiales son mejores cuando son nuevos. Aunque se trata de una chanza, da la impresión de ser cierto.

Una chaqueta blanca nueva es muy bonita, pero cuando se ha llevado durante algún tiempo empiezan a ensuciarse el cuello y los puños. Al cabo de poco tiempo está tan gris que parece fea y sucia.

Eso también puede aplicarse a los oficiales. Cuando son nuevos en sus puestos, son de lo más inocente y cumplen las órdenes de su señor sin rechistar, poniendo gran cuidado hasta en los detalles más insignificantes, preocupándose extraordinariamente de no violar sus promesas profesionales y realizando sus tareas de manera irreprochable.

Pero algunos, cuando ya se han ganado la aprobación y las alabanzas de todo el feudo por ser oficiales desprendidos, formales, y cabales, y ya llevan tiempo desempeñando sus funciones y se conocen todos los trucos, empiezan a ser sólo superficialmente eficaces. Entonces cometen todo tipo de errores, que antes, de nuevos, no se hubiesen atrevido a realizar.

Además, los oficiales nuevos en el puesto devuelven de buena gana cualquier regalo que les ofrezca la gente, ac-

tuando de acuerdo con el juramento que hicieron al tomar posesión de su cargo. O si se ven compelidos a aceptar un regalo, suelen devolver otro de inmediato por un valor similar. En cualquier caso, hacen las cosas con destreza. Pero al cabo de poco, y sin que sean conscientes de ello, su sentido de los valores acaba viciándose, y empiezan a querer obtener algún beneficio mientras ocupan el puesto. Se dicen a sí mismos que si se ven obligados a devolver un regalo porque hasta entonces no habían aceptado ninguno, pudiera ser que no se les presentasen más oportunidades.

Esta motivación ulterior se manifiesta en su expresión facial y en su manera de hablar, y a la gente que trata con ellos no les pasa por alto este hecho. Aparentemente, parecen no enterarse, pero se las arreglan para "donar" todo lo que quieren a través de relaciones internas o de otros medios. A cambio, pueden esquivar a las autoridades y obtener favores. Esta corrupción equivale a la manera en que la chaqueta blanca va tornándose gris.

No obstante, como la chaqueta sólo está sucia de grasa corporal, polvo y roña, todo lo que hay que hacer es lavarla con un buen detergente y vuelve a estar limpia. Por el contrario, cuando el corazón humano se ve afectado por todo tipo de cosas que lo ensucian, no basta con limpiarlo o cepillarlo, por decirlo de alguna manera. Además, una chaqueta blanca sólo necesita lavarse una o dos veces al año, pero el corazón humano, aunque se limpie constantemente veinticuatro horas al día, acaba ensuciándose con mucha facilidad.

Hay un tipo de detergentes adecuados para lavar chaquetas blancas. También podríamos decir que existen varias prácticas, que son como detergentes, aptas para limpiar los corazones de los guerreros. ¿Cuáles son? Lealtad, sentido del deber y coraje. Hay suciedades que son eliminadas por

el detergente de la lealtad y la fidelidad, y otras que desaparecen por la acción del detergente de la devoción y el deber. Cuando una mancha persiste, incluso tras haber utilizado el jabón de la lealtad y haberla aclarado con sentido del deber, entonces se utiliza el detergente del coraje, y uno se esfuerza por frotarla bien hasta que desaparece. Ese es el secreto fundamental de un guerrero a la hora de limpiar el corazón.

TOMAR PRESTADA LA AUTORIDAD O ROBARLA

Para un caballero en servicio existe lo que se llama tomar prestada la autoridad de un señor feudal, y también existe lo que se llama robar la autoridad de un señor feudal. Para un señor feudal existe asimismo lo que se llama prestar autoridad a un vasallo, y asimismo que la autoridad se la robe el vasallo.

Suponte que un caballero, al que se le ha asignado un puesto importante, es joven y de rango inferior, dependiendo de las costumbres del feudo y de las condiciones de los tiempos en los que viva, puede tener que trabajar en la protección de la autoridad del señor. Como en realidad actúa en nombre del señor, puede que temporalmente tome prestada la autoridad del señor para gestionar sus asuntos. Eso es lo que se llama tomar prestada la autoridad del señor feudal.

Si ha tomado prestada la autoridad de un señor feudal, una vez que el caballero colma las necesidades de la gente y se ocupa adecuadamente de los asuntos de su señor, deberá devolver de inmediato esa autoridad y continuar con su trabajo de manera discreta, ostentando la autoridad que

va pareja con el puesto. Si, no obstante, el ser tratado con honor y contar con un gran poder le hace tornarse avaricioso, acabará quedándose con la autoridad prestada del señor. Eso se denomina robar la autoridad del señor feudal.

Ahora bien, que un señor feudal preste autoridad a un vasallo para aumentar su poder es un ejemplo que ha sido dado por numerosos líderes y comandantes. Eso se llama prestar autoridad a un servidor. Los problemas aparecen cuando el señor no reclama la devolución de su autoridad en cuanto se ha realizado la tarea, dejándola prestada de manera indefinida. Al final le resultará difícil recuperarla; en efecto, se la habrán usurpado. Eso se llama autoridad robada por un vasallo.

No sólo representa una gran desgracia personal y profesional para un señor feudal, sino que es origen de muchos agravios y pérdidas. Si un servidor adquiere demasiada influencia, la autoridad y dignidad del señor se verán, claro está, afectadas. Todo estará a imagen y semejanza del servidor o vasallo, y todos los caballeros del feudo darán por sentado que todo lo que necesitan a la hora de obtener la aprobación en cualquier asunto oficial será el acuerdo de ese vasallo. Para ellos será esencial tratar de ganarse su favor, y no darán ninguna importancia al señor.

Por ello, el señor y su séquito se verán enajenados, y no habrá modo de que en ese feudo aparezcan caballeros leales y entregados. Si sucede algún incidente de insubordinación, no habrá buenos vasallos a mano para controlarlo.

Así pues, cuando incluso los oficiales más cercanos al señor feudal, así como los caballeros que ocupan puestos civiles, por no hablar de aquellos que están en cargos más periféricos, se encuentran todos reprimidos por la autoridad usurpada por ese hombre, e incluso aunque saben que no es bueno para el señor feudal, no osan decir nada, ni es-

tán dispuestos a hablar de ello con su señor, a pesar de que les ofende la situación, y de que de hecho murmuran por lo bajo con sus amigos más próximos; no habrá forma de que el señor feudal se entere de las arbitrariedades de ese hombre, ni del trato preferente que otorga a algunos, ni de su arrogancia y presunción.

Como resultado de su ignorancia, el señor pensará que todo lo realizado por ese vasallo estará bien. El señor feudal será, sin duda, criticado por la sociedad por haberse metido en problemas de manera negligente y por fracasar a la hora de elegir bien a las personas de confianza, una conducta indigna de alguien que ocupa la posición de señor feudal y comandante en jefe.

Además de todo eso, y como ese hombre ya no temerá la mirada ni los oídos de su señor, y tampoco tendrá en cuenta las opiniones de sus compañeros, sobornará a los suboficiales, utilizando los suministros del señor a fin de ofrecer regalos a sus compinches, quedándose para él los regalos ofrecidos por estos, así como agasajando a sus invitados con festines procedentes de las despensas del señor. Dado que actúa como si las cosas del señor feudal fuesen suyas, y sus cosas también, la economía del señor acabará resintiéndose. Esa es otra de las pérdidas que sufre un señor feudal que se deja usurpar la autoridad.

Tras comprender la situación claramente, y como sentimos la más profunda de las consideraciones por nuestro señor, es esencial que nos mostremos respetuosos, reprimiendo el exceso de orgullo y sirviendo de tal manera que pongamos de relieve la autoridad y dignidad del señor en todos los aspectos. Por eso ese antiguo dicho: «Un servidor leal sabe que tiene un señor; no sabe que tiene su propio yo».

COBRO DE IMPUESTOS

A los caballeros que prestan servicio público, los deberes relacionados con los cargos en la Hacienda pública les resultan difíciles. Y es así porque para cualquiera con una inteligencia y capacidades normales, ajustarse a las necesidades del señor feudal sin causar problemas y penalidades a los funcionarios de alto y bajo rango del feudo, a la gente que vive alrededor del castillo, y a los campesinos de las aldeas, no es tarea fácil. Cuando sólo se tienen en cuenta los intereses del señor, eso acaba significando penalidades para los que se hallan por debajo. Pero si sólo tratas de agradar a esos, entonces la economía del señor también sufre. Por ello, cualquiera de las dos opciones presenta problemas.

Y además, por muy inteligente e ingenioso que pueda ser un guerrero por naturaleza, su mente puede quedar fácilmente infectada por la enfermedad de la avaricia. Por ello, si uno goza de carta blanca en los asuntos económicos de su señor, a fin de suministrar medios y alimentos al personal del feudo y gestionar el dinero, puede que con el tiempo se torne vanidoso y quiera aumentar su propio patrimonio. Entonces empezará a malversar inteligentemente el dinero de su señor, se construirá una vivienda preten-

ciosa, amueblándola con antigüedades, y agasajará con todo tipo de lujos a sus invitados. Es lo que se denomina un ministro ladrón.

Luego supongamos que llega incluso a formular un nuevo código, distinto al de las generaciones anteriores, afirmando que es por el bien del señor, sin admitir que todo ello causa penalidades al conjunto del feudo, imponiendo tasas excesivas sobre los ciudadanos, y cargando a los campesinos de las aldeas con enormes tributos, tal vez incluso interfiriendo con futuras medidas, sin pensar en si afectará negativamente a los campesinos, sino sólo en el provecho inmediato, engañando a otros funcionarios y consejeros menos inteligentes para que acepten sus medidas, y obteniendo aumentos de estipendios y premios inmerecidos gracias a sus malas artes. Si el nuevo código resulta poco lucrativo e ineficaz, lo atribuirá a cálculos erróneos de los mencionados funcionarios y consejeros, ocultándose de la luz pública a fin de evitar toda responsabilidad, preocupándose de no sufrir ningún tipo de consecuencia. Alguien así es lo que se denomina un ministro extorsionista.

En el caso del ministro ladrón, aunque roba a su señor y se comporta indignamente, cuando le llega el castigo del cielo y es descubierto, pierde la vida. Una vez que ese individuo cae de su posición, se acaba el problema, no puede causar más penalidades y contrariedades a nadie más, y ya no será el origen de los problemas de la administración, ni afligirá más a la nación.

En cuanto al ministro extorsionista, es del tipo que crea problemas a todo el mundo. Su delito es mucho peor porque inicia una política irremediable que interfiere con el gobierno de la nación, aunque no se apropie ilícitamente de fondos por codicia personal. Por eso, como dijeron los

sabios de antaño: «Es preferible tener un ministro ladrón que uno extorsionista».

Puede dar la impresión de que para un caballero no puede existir nada peor que cargar con la mala reputación de ser un ministro ladrón, pero al comprender el dicho citado, el delito mayor de todos está en el ministro extorsionista. Por eso, si el castigo para un ministro ladrón es la decapitación, entonces la pena máxima para el extorsionista debería ser la crucifixión.

Sin embargo, precisamente porque antaño se diferenciaba muy bien a los ministros extorsionistas de los ladrones, se decía que era preferible el ladrón al otro. En la actualidad, los ministros extorsionistas también actúan como ladrones, pretendiendo ocuparse de los intereses del señor mientras en realidad hacen todo lo posible para utilizar esos ingresos en beneficio propio. Son ministros extorsionistas y ladrones a la vez, son bandidos. ¿Qué clase de castigo se merecen unos criminales de esa calaña? Resulta difícil saberlo.

COMANDANTES Y SUPERINTENDENTES DE LA GUARDIA

Los caballeros de rango inferior que prestan servicio bajo el mando de comandantes y superintendentes de la guardia, comprenden que son responsables de los humores de sus superiores y de los atributos buenos y malos de su grupo. Si tienen la buena fortuna de llegar a ser líderes de grupo, deberán tratar adecuadamente a cada uno de sus miembros mientras llevan a cabo sus deberes oficiales. Y claro está, sin fomentar el favoritismo.

No obstante, cuando los caballeros ascienden el escalafón hasta alcanzar los grados de comandante y superintendente de la guardia, su actitud cambia. Los ha habido que eran buenos caballeros cuando ocupaban rangos inferiores, pero que se tornaron unos insensatos cuando alcanzaron un grado superior, de manera que perdieron el favor de sus señores y perecieron. Me parece que son ejemplos muy claros de lo que puede suceder.

PEREZA

Como ya se mencionó en el primer capítulo, para un caballero al servicio de un señor feudal la vida existe aquí y ahora, y el mañana es incierto. Por tanto, a diario se da cuenta de que sólo dispone de este día presente para servir, y por ello no se aburre, ni descuida ninguno de sus deberes. Como realiza todas y cada una de sus tareas ese día, lo lógico sería pensar que no se le pasa nada por alto, ni tampoco se le olvida.

Los problemas surgen cuando uno imagina que ocupará ese cargo siempre. Entonces se aburre, se distrae y se torna perezoso. Se empiezan a descuidar todos los asuntos urgentes, por no hablar de los menos acuciantes, dejándolos para el día siguiente, o afirmando que ya están solucionados, o bien endilgándoselos a compañeros o lacayos. Como nadie se reponsabilizo de esas tareas, estas se acumulan, y aparece el desorden. Todo ello no son más que errores que provienen de dar por sentado que se tendrá tiempo de sobras, en el futuro. Hay que ser consciente de todo lo contrario.

Por ejemplo, si se te asignan un cierto número de días al mes de guardia, debes asegurarte e imaginar el camino que tomarás para ir desde tu casa a tu puesto, calcular cuánto

tiempo tardarás, y salir para llegar un poco antes del cambio de guardia. Si te entretienes con el té, fumando, o charlando con la familia, y sales tarde para llegar hasta el puesto que has de ocupar, te verás en la necesidad de tener que correr a ciegas, y llegarás sudado. Deberás abanicarte incluso si es invierno, puede que además intentes disculparte diciendo que llegas tarde porque has tenido que ocuparte de un asunto engorroso. Vaya estupidez. La guardia de un guerrero es un deber de seguridad. Nadie debe llegar tarde al trabajo por ninguna razón personal.

Aunque también están los que lo comprenden y llegan antes, pero que se ponen nerviosos cuando les toca esperar a los tardones, agitándose y bostezando, y odiando tener que permanecer en el interior de las dependencias del alcaide aunque sólo sea un momento más que les toca, de tanta prisa como tienen por regresar a su casa. Todos esos hechos improcedentes ocurren en nuestros tiempos.

LIDIAR CON SITUACIONES CRÍTICAS

Cuando dos señores feudales se cruzan en el vado de un río en el transcurso de un viaje, si sus servidores inician una disputa que se transforma en pelea, dependiendo de cómo se desarrollen los acontecimientos, es posible que los propios señores lleguen a tener que enfrentarse en un duelo. No es necesario explicar cómo acabará todo si dos señores feudales se enfrentan en duelo.

Por tanto, es indispensable darse cuenta de que "los problemas vienen de abajo", y andar con cuidado a la hora de escoltar a tu señor durante un viaje. No sólo debes permanecer alerta tú mismo, sino procurar que también lo estén tus compañeros. Es de máxima importancia que ni siquiera los rangos más inferiores cometan torpeza alguna.

Además, cuando escoltas a tu señor hacia la capital y te cruzas con el séquito de otro señor en la calle, si los jóvenes valientes de las vanguardias de ambos cortejos empiezan a discutir e inician una pelea, deberás darte cuenta de inmediato, hacerte con la lanza del señor que lleva el escudero y llevarla junto a aquel. Observa cómo se desarrollan los acontecimientos, y si da la impresión de que no tiene

arreglo y que los caballeros ya han desenfundado sus espadas, trae el caballo del señor junto al palanquín, ayúdale a montar y dale la lanza. Tú también deberás desenfundar la espada y estar preparado para actuar.

Si sucede algo inesperado cuando escoltes a tu señor al ir a una celebración y dé la impresión de que puede desencadenarse un tumulto, dirígete hacia el vestíbulo con la espada en la mano y anúnciale al recepcionista: «Soy fulano de tal, servidor de mengano. Da la impresión de que vamos a tener un tumulto aquí, y me preocupa la seguridad de mi señor. Por favor, indíquele que estoy aquí».

Puede que el recepcionista responda: «Aunque no ha sucedido nada grave, entiendo su preocupación. Su señor está perfectamente, no se preocupe, y comuníqueselo a sus compañeros». En ese caso, primero deberás expresar alegría, pero también insistirás en llamar a tu señor para que pueda verte con sus propios ojos antes de retirarte.

AUTOEXPRESIÓN

Como caballero que prestas servicio puede que hayas realizado tareas tan extraordinarias por tu señor que sientas de corazón que lo has hecho fenomenal, y que otros estén tan conmovidos que te alaben por ello, aunque tal vez al señor feudal no le parezca gran cosa. O incluso es posible que aunque interiormente lo piense, externamente parezca albergar reservas, pues no anuncia ninguna recompensa futura, y por ello tu esfuerzo parecerá en vano. Si te sientes disgustado y gruñes por lo bajo, quejándote de la ingratitud del señor, realizando ahora tus tareas sin ningún entusiasmo, estarás adoptando una actitud equivocada.

Los caballeros de los Estados Combatientes se lanzaron al combate en incontables ocasiones a lo largo de sus vidas, sacrificándolas por sus señores y comandantes. No se jactaban de nada antes de haber obtenido gran fama por sus hazañas. En cuanto al servicio en tiempos de paz, es sólo cuestión de lo bien que sepas moverte en los *tatamis*, frotarte las manos, y entablar duelos dialécticos. No tendrás ocasión de luchar por tu vida.

Claro está, cuando se trata de actitudes de lealtad y sentido del deber, no existe diferencia alguna se trate de períodos de guerra o de paz, pues constituyen las obligaciones oficia-

les de un caballero en servicio. Si eso merece alguna recompensa especial como si se tratase de algo extraordinario, está en las manos del señor feudal. Todo lo que tienes que hacer es asegurarte de cumplir con tus deberes profesionales, y por ello no tienes razón alguna para expresar descontento.

SABER MORIR LEALMENTE

Los caballeros que prestan servicio se ven tan favorecidos por su señor feudal que no tienen manera de devolver esa deuda. Puede que deseen seguirle hasta la muerte, suicidándose cuando él muera, pero esta práctica ya no es legal. No obstante, les resulta doloroso tener que pasarse la vida intramuros realizando trabajos ordinarios.

Si hay alguno decidido a llevar su sentido de servicio más allá de las capacidades de sus compañeros, aunque le cueste la vida, eso es cien veces preferible a seguir al señor en su muerte. No sólo es bueno para el señor, sino que también es una ayuda para todos los miembros del clan, importantes y ordinarios. Un caballero así merece el rango más elevado, pues cuenta con todos los atributos necesarios para servir de ejemplo a caballeros novatos: lealtad, sentido del deber y coraje.

La casa de una persona de posición elevada suele verse acosada por un espíritu vengativo. Dicho espíritu vengativo provoca dos tipos de problemas.

El primero es la muerte prematura, por accidente o enfermedad, de un prometedor y joven guerrero perteneciente a las casas de los miembros del consejo del feudo, que posea las tres cualidades caballerescas de lealtad, sentido

del deber y coraje, alguien que fuese a entrar al servicio del señor y a cimentar la buena reputación de la casa. Eso daña al señor.

Entre los ejemplos de este tipo de problemas está el caso de un gran guerrero, un importante comandante que murió joven al caer del caballo; se dijo que todo era obra de un espíritu vengativo que llevaba tiempo rondando la casa de su señor.

La segunda manera en que un espíritu vengativo causa problemas es apoderándose de la mente de un caballero especialmente querido por el señor, para intentar engañar a este e inducirle a cometer errores.

Seis son los medios mediante los cuales el caballero poseído intentará embaucar a su señor.

Uno es ingeniárselas para bloquear los oídos y ojos del señor feudal, de modo que ningún otro oficial ni nadie más pueda expresar sus opiniones; o, de poder hacerlo, las presentará de tal manera que el señor no las tendrá en cuenta. Así, todos los asuntos del feudo, grandes y pequeños, pasarán a través de esta única persona, haciendo creer al señor que es indispensable.

La segunda manera con la que el caballero puede embaucar a su señor es consiguiendo el traslado de cualquier caballero del feudo que pudiera contar con el temple necesario para ayudar a su señor. Al distanciar a este tipo de caballeros de su señor, el poseído coloca a sus favoritos en puestos cercanos al señor. Estos son aduladores y soplones que harán lo que se les mande, cuidándose de que el señor nunca se entere de sus maquinaciones.

La tercera manera con la que el caballero puede engañar a su señor es apoderarse de su mente mediante mujeres, afirmando que es bueno para las alianzas, y que no hay nada más importante que tener sucesores. El guerrero po-

seído reúne doncellas, sin preocuparse de la posición de sus familias mientras sean guapas. También trae músicos y bailarinas, convenciendo al señor de que necesita relajarse y divertirse. La sexualidad acaba seduciendo fácilmente hasta al señor más inteligente, por no hablar del que tiene un razonamiento deficiente por naturaleza. Al cabo de poco tiempo, se torna indiscreto y considera que jugar de esa manera es muy divertido. Inevitablemente, todo ello aumenta de manera gradual, hasta que llega un momento en que el señor se divierte noche y día, permanece siempre en su harén y descuida los asuntos de su casa y feudo. Si los consejeros del feudo quieren ver al señor, este muestra poca voluntad y lo deja todo en manos del caballero poseído. Mientras este se las apañe para manejar los hilos, su poder crecerá día a día, y el resto de consejeros y oficiales superiores del feudo caerán en el olvido. Esa situación acabará corrompiendo la buena administración del feudo.

La cuarta manera con la que el caballero puede embaucar a su señor es cuando, aprovechando las circunstancias mencionadas anteriormente, los gastos aumentan de manera secreta, hasta que ya no hay manera de pagarlos, por lo que se crean nuevas reglas, que entran en contradicción con las medidas aprobadas por generaciones anteriores. Ahora, el caballero poseído interfiere hasta apropiarse de los salarios que se les deben a los súbditos del feudo, negándose a reconocer la miseria sufrida por quienes conforman la parte inferior del escalafón. Como el señor gasta todo lo que desea en lujos, todos los oficiales del feudo se sienten descontentos, aunque no osen decirlo en voz alta, y por ello dejan de ser leales y entregados.

La quinta manera con la que el caballero puede engañar a su señor se produce cuando él mismo no se preocupa de las artes marciales en una auspiciosa era de paz como la

actual, y por ello, a pesar del hecho de que no es posible que un señor feudal sea torpe en las artes marciales, el caballero acaba convenciendo al señor de que no es necesario realizar preparativos militares. El personal del feudo no entrenado empieza a pensar que eso es justo y también deja de practicar artes marciales, y ya no se ocupa de equiparse con armadura y espadas. Como se han acostumbrado a pensar que todo marcha bien, mientras tengan colmadas sus necesidades inmediatas, el feudo va perdiendo todos los atributos heredados de un famoso linaje de generales. Si cualquier día ocurriese un incidente, echarían a correr llenos de miedo, incapaces de servir para nada.

La sexta manera con la que un caballero puede engañar a su señor es cuando el señor se abandona, entregándose a las bacanales, la lujuria y la bebida. Como llega un momento en que su salud corre peligro a causa de tanto exceso, los caballeros del feudo se desmoralizan y pasan los días como pueden, sin cumplir sus deberes con sinceridad. Por ello, se dejan de lado los asuntos públicos y las órdenes del gobierno central. Todo ello redunda en perjuicio de la posición del señor feudal, ocasionando muchas desgracias.

Aunque todo el feudo odiase al caballero en cuestión, que incluso puede llegar a falsificar el registro de gravámenes, y le denunciase como un peligro para el feudo y enemigo del señor, presentando muchos testigos de sus inquinas, y no teniendo más alternativa que llevar la cuestión al juzgado y tratar de argumentar la cuestión verbalmente, sin ensuciarse las manos, el problema no llegaría en realidad a resolverse de manera privada, pues todo el feudo podría llegar a ser investigado por parte del gobierno central, y si las cosas llegasen a empeorar, convirtiéndose en un escándalo público, provocaría la intervención del gobierno.

A lo largo de la historia nunca hemos visto un caso en el que un barón fuese incapaz de llevar su feudo y tuviese que echar mano del gobierno central a fin de poder mantener su posición. Al igual que en las metáforas sobre matar un buey para enderezarle los cuernos, o de matar moscas a cañonazos, cuando un señor feudal pierde su posición, el personal del feudo, de alto y bajo rango, queda privado de derechos.

En este caso, lo más lógico sería atrapar al villano, al demonio de la casa, a ese enemigo del señor, y deshacerse de él como mejor les parezca –descoyuntarle o cortarle la cabeza–, y una vez realizado satisfactoriamente, abrirse el vientre uno mismo, suicidándose. Así no habrá ninguna investigación gubernamental, y la posición del señor no se verá afectada. El personal del feudo no tendrá nada que temer, y el país permanecerá tranquilo.

De esa manera te convertirás en modelo de caballeros más jóvenes –leal, con sentido del deber y valiente–, cien veces mejor que uno que se mata a sí mismo con el fin de seguir a su señor a la tumba.

REFINAMIENTO CULTURAL

Aunque no es necesario decir que una actitud de dureza y fortaleza es la preferible al recorrer el camino del guerrero, si la fortaleza es lo único con que cuentas darás la impresión de ser un campesino convertido en samurái, y eso nunca funcionará. Deberás adquirir cierta educación, y lo deseable sería que aprendieses cosas como poesía y la ceremonia del té, poco a poco, en tu tiempo libre.

Si careces de educación no habrá modo de que comprendas el porqué de las cosas pasadas y presentes. Por muy inteligente y espabilado que puedas ser, hallarás muchos obstáculos y dificultades al lidiar con los asuntos cotidianos.

Si posees un cierto conocimiento acerca de los países extranjeros y Japón, y si tienes en consideración los elementos de tiempo, lugar y situación a fin de gestionar tus asuntos de manera apropiada, no cometerás demasiados errores. Por eso digo que adquirir una educación es fundamental.

No obstante, si adoptas una actitud errónea respecto a la educación, esta acabará convirtiéndose en vanidad. Despreciarás a los no educados y analfabetos, además de desarrollar una preferencia por todo lo exótico. Creerás que todo lo

que viene del extranjero es bueno, insistiendo en tus prejuicios, y no reconocerás que dichas cosas no tienen actualmente ninguna utilidad práctica en nuestro país, por muy buenas que puedan ser en teoría. Es una actitud terrible.

En cuanto al estudio de la poesía, y de acuerdo con la costumbre japonesa, ha habido a lo largo de la historia famosos generales y valientes caballeros que han dominado el arte de la composición poética. Por ello, y aunque seas un guerrero de rango inferior, sería de desear que te interesases por la poesía y que incluso pudieras componer algún que otro verso.

Aun así, si lo dejas todo de lado para concentrarte únicamente en la poesía, al cabo de poco se te reblandecerán el corazón y la cara, y tendrás el aspecto de un samurái aristocrático, perdiendo los modos de un guerrero. Sobre todo, si te aficionas demasiado a esa moda moderna del *haikai*.* Incluso te atreverás en medio de una reunión de amigos a hacer juegos de palabras, recitar proverbios, y puede que incluso a componer poesía. Tal vez parezca muy divertido, pero un guerrero debe evitar ese tipo de situaciones.

En cuanto a la ceremonia del té, diremos que ha sido pasatiempo de caballeros desde la era de los shogunes de Kyoto, así que, aunque no sientas ningún interés por ella, deberás participar como huésped en alguna casa, o al escoltar a un noble de alcurnia. En esas ocasiones, estar enterado de todo tipo de detalles, desde cómo acercarse y entrar en la habitación de té, hasta cómo observar la

* *Haikai:* una de las formas poéticas más importantes desarrolladas durante el período Tokugawa (1603-1868), en un principio parecido a la *renga*, hasta que el poeta Basho (1644-1694) elevó la forma para alcanzar un gran refinamiento estético y profundidad espiritual, pasando a conocerse como *haiku*. *(N. del T.)*.

decoración, cómo comer los pastelillos y cómo beber el té. Por ello, lo más conveniente es que adquieras algo de instrucción sobre dicha ceremonia.

En cuanto a la propia sala de té, la cuestión es apreciar el desapego y la serenidad que comunica respecto a afanes mundanos como riqueza, posición y gloria. Por eso, por muy rica que sea la gente, o incluso si son oficiales del gobierno central, en sus jardines reproducen paisajes de montañas, bosques, arroyos y valles. Toda la decoración requiere de un refinamiento sobrio y una elegante simplicidad, utilizando vigas de bambú, pilares de troncos que todavía conservan la corteza, aleros de paja, ventanas con listones a la vista, persianas de bambú, puertas de madera sin desbastar y cancelas de ramas entrelazadas. Ni siquiera los utensilios del té y el mobiliario deben ser refinados; la idea es desapegarse del mundo materialista y disfrutar de una pura y libre naturalidad. Por ello considero que puede ser de gran ayuda para suavizar el camino del guerrero.

Por eso, incluso si preparas un sitio para el té, debes saber que tampoco es malo disfrutar de un té austero y sencillo en una estancia con un cuadro enrollado moderno y utensilios nuevos.

Así y todo, en todas las cosas lo ligero se convierte fácilmente en pesado. Y antes de que te des cuenta, estarás desarrollando un sentido por el lujo; al ver a alguien con una tetera excelente, te sentirás descontento con la tuya. Lo mismo sucederá con el resto de los utensilios para el té; poco a poco empezarás a desear una buena vajilla. Al cabo de nada empezarás a buscar gangas y oportunidades, aprendiendo a apreciar las antigüedades y a conseguir buenos utensilios a bajo precio. Puede que veas algo que te llame la atención en casa de alguien y que no dejes de pedirle que te lo dé. Y si intercambias utensilios, te concentrarás en que-

rer salir ganando, y tu actitud será la de un mercader de baja estofa que habla de cualquier cosa en términos mercantiles. Así será como perderás toda referencia acerca del significado de la auténtica caballerosidad del camino del guerrero, convirtiéndote en una persona de mal carácter.

En lugar de transformarte en un maniático de ese tipo, sería preferible que lo ignorases todo acerca del té. Aunque seas tan ignorante que ni siquiera sepas cómo beber esa "hierba", tu ignorancia no te apartará del camino del guerrero.